

CORRESPONDENCIA

TIERRA SANTA

Instalación canónica de la Venerable Orden Tercera en San Juan de la Montaña

El R. P. Pedro Fernández, misionero franciscano, escribe desde San Juan de Judea el 1.º de Enero de 1896:

No dejaré de apuntar ante todo que Jerusalén, Belén, Nazaret y Jafa son parroquias donde la Tercera Orden existe ya hace tiempo; que la de Nazaret es antiquísima, tanto que ni se recuerda, ni consta su origen; pero posee un documento del 1600, si no me es infiel la memoria, mediante el cual la venerable Orden Tercera de Madrid concedía á la de Nazaret la participación de todos sus privilegios; documento que se conserva en el archivo de la parroquia y examiné yo mismo, siendo, como digo, valioso testimonio de su mucha antigüedad.

Sólo San Juan, entre las parroquias principales, carecía de tan benéfica institución como es la Tercera Orden, espiritual y aun temporalmente considerada, ó sea como simple asociación de caridad mutua. No es del caso relatar aquí las causas y el por qué San Juan se vió privado tanto tiempo de la Tercera Orden; lo que sí haré constar es, que los sanjuaninos mucho ha que la deseaban y suspiraban por ella, y aun la habían pedido repetidas veces; pero la Divina Providen-

cia, que fuerte y suavemente sabe llevar las cosas á su fin cuando conviene, quiso aquilatar esos buenos deseos, y fué retardando su realización hasta el 17 de Noviembre de 1895, día en que mi amable compañero y hermano el R. P. Pedro Salazar, hijo de esa apostólica provincia de Santiago y cura párroco de San Juan de la Montaña, competentemente autorizado por los reverendísimos Padre Custodio y Patriarca de Jerusalén, procedió á establecer canónicamente la V. O. Tercera de San Francisco.

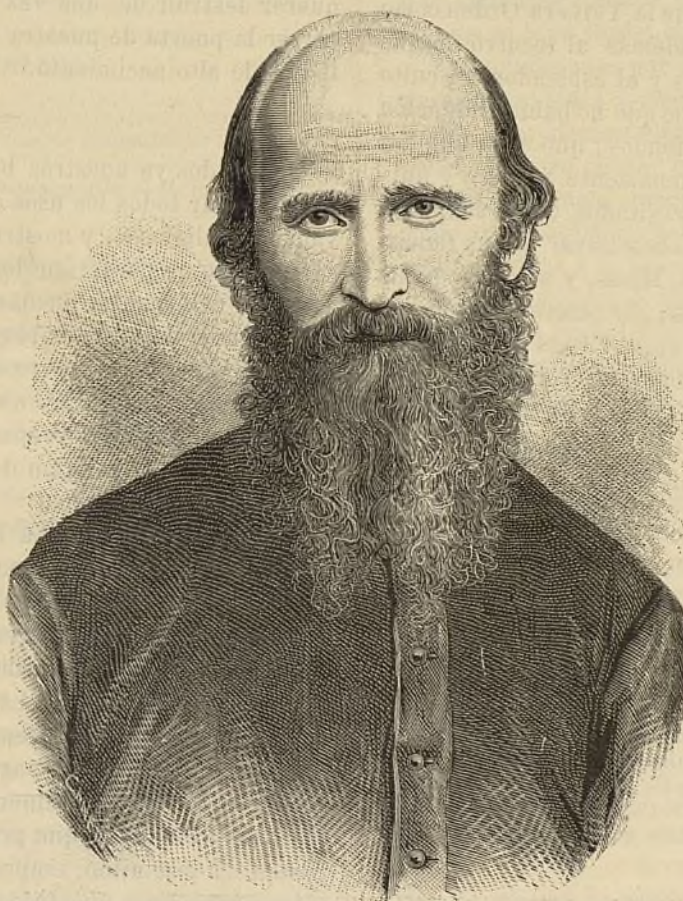
El entusiasmo con que fué recibido el anuncio de esa fundación, inteligentemente patrocinada por el reverendo Padre Párroco, el que reflejaban los sanjuaninos el día para ella señalado en nuestra iglesia, y que por

la gracia de Dios continúa aún cada vez más creciente y fervoroso, es indescriptible; baste decir que, ascendiendo á ciento sesenta nada más el número de almas que forman la parroquia, incluso los niños, unos cincuenta entre hombres y mujeres vistieron el santo hábito en el acto de la instalación. Muchos más lo habían pedido; pero á unos por falta de edad, á otros porque sólo temporalmente residen aquí, y á otros, en fin, porque era prudente diferírsele, quedó el número reducido á unos cincuenta, como he dicho; eso sí, puedo asegurar á V. R. que en ese número estaban representadas casi, ó sin casi, las familias todas latinas, y algunas en su totalidad.

A la fecha en que escribo, esta Tercera Orden cuenta ya con siete hijos más que tomaron el hábito el día de año nuevo, cuando con la mayor solemnidad celebraba la Congregación, presidida por el Párroco y ante el altar mayor, la distribución de Santos, virtudes y difuntos ó almas del purgatorio por quienes debían rogar. Ceremonia fué esa que los colmó de admiración, tanto que después no cesaban de repetir muchos de ellos que les parecía estar en un cielo, mientras con todo orden iban recogiendo las suertes, extrañándoles sobre todo el que cada uno hubiese cogido el Santo y virtud que más necesitaban, ó que por las circunstancias más les convenía.

No hay que olvidar que el pueblo árabe, dadas las condiciones y clima en que vive, tiene más imaginación que corazón; y que la palabra *fantasía* con que designan aquí sus fiestas, funciones, algazaras, etc., tiene para los naturales de todas

procedencias y ritos ó religión, un particular hechizo é increíble ascendiente. De ahí que estos buenos terciarios sientan transportes de singular alegría cuando reunidos en la iglesia y presididos por el Padre Cura, al cual, dicho sea de paso, profesan amor entrañable, celebran sus funciones de Regla luciendo su cordón á la cintura y el escapulario al pecho, que les autorizan para llamarse y aun alardear de *hermanos de los frailes*, é hijos de San Francisco como ellos. ¡Cuánto se complacen de esto! Pero su alegría llega al colmo en las procesiones y tomas de de hábito, cuando á coro pleno y con todo su aliento y entusiasmo cantan, ellos solos, el *Veni Creator, Te Deum, Tantum ergo, Magnificat*, etc., en árabe, pero bien entonados y con la



R. P. ROBLET, de la Compañía de Jesús, misionero en Tananarive. (Pág. 189)

música que para esos cánticos señala el *Gradual Romano*.

Mas si los sanjuaninos, como todo árabe, tienen imaginación de sobra, preciso es confesar también que corazón no les falta; lo tienen grande y buenísimo, sumiso hasta el sacrificio á la voz de su Pastor, de lo que recientemente han dado y yo he visto pruebas nada equívocas, capaces por sí solas para convencer á cualquiera de que no se merecen los latinos de San Juan las ruindades y fama de soliviantados que se les atribuyen. Por otra parte, causa edificación presenciar el fervor con que á diario oyen la Santa Misa, frecuentan los Sacramentos y asisten á las funciones todas de iglesia: sobre todo desde que se fundó la Tercera Orden son tan asiduos y se muestran tan fervorosos, que me parece sería una presunción querer exigirles más.

Ni se olvidan tampoco de que la Tercera Orden como asociación de caridad tiende además al socorro mutuo de las necesidades de sus hijos y al esplendor del culto divino. Se les advirtió á tiempo que no había obligación ninguna de contribuir á tales fondos; que cada uno era libre para depositar lo que buenamente pudiese y quisiese. Pues bien, pobres y necesitados como son, han reunido ya para la cera que deben llevar en sus funciones, han celebrado bastantes Misas, y aun les queda bastante para otras atenciones; ¿se quiere más en una parroquia de poco más de cien almas? Pues aun hay más; aquí se sostienen en buen estado y fervorosas las Asociaciones de las *Madres cristianas* y de las *Hijas de María*. ¡Sea Dios loado por todo, y quiera el cielo favorecer y continuar sus gracias á los sanjuaninos y al Padre Cura que á tanto bien contribuye!

TRICHINOPOLY (Indostán)

Los primeros brahmas cristianos del Maduré

La conversión de los tres primeros brahmas que los Padres Jesuitas tuvieron el consuelo de bautizar en Trichinopoly, fué causa de una persecución por parte de los paganos. La carta siguiente del R. P. Francisco Billard, de la Compañía, da noticia de alguna de las vejaciones que han tenido que sufrir los nobles neófitos.

La caridad de vuestros lectores nos ha permitido adquirir un terreno en el centro de la ciudad, donde nos proponemos instalar nuestra futura colonia de brahmas cristianos. Esta obra es muy desagradable al demonio, á juzgar por el número y variedad de contradicciones que han tenido que sufrir nuestros excelentes jóvenes, desde el día en que hicieron profesión pública de su fe.

Después de emplear, bien que inútilmente, malos tratos que sería prolijo enumerar, los paganos resolvieron reducir por hambre á nuestros alumnos, y destruir la obra desde sus cimientos.

No referiré aquí que los indios están divididos en multitud de castas superiores é inferiores, y que la de los brahmas es sin contradicción la más noble é influyente, al mismo tiempo que la más opuesta á la Religión cristiana, hasta el punto de que, no obstante al-

gunos siglos de apostolado, la Iglesia no ha logrado aún romper las apretadas filas de los brahmas. Todo esto sin duda lo conocen perfectamente vuestros lectores. Pero lo que todos no saben tal vez, son las dos cosas que constituyen principalmente la nobleza de los brahmas: la primera es el derecho que tienen de llevar un cordón de forma especial y que, pasando por uno de los hombros, se anuda en la cintura; la segunda es la necesidad absoluta de abstenerse de carne (por lo menos en toda la parte Sur de la India), de licores de cualquier clase que sean, y sobre todo de no comer nada que no haya sido preparado por una persona de la casta de los brahmas. Infringir esta última ley, sería deshonorarse para siempre, perder todos sus privilegios y reducirse á la casta de los parias. Muchas de tales costumbres son contrarias á la humildad cristiana, pero querer destruir de una vez todos los prejuicios sería cerrar la puerta de nuestra Santa Religión á todos los indios de alto nacimiento.

Bautizados ya nuestros brahmas, resolvimos hacerles observar todos los usos de la casta que no son puramente religiosos, y mostrar así á los otros, que convirtiéndose no perderían los privilegios de su casta. Logrado este punto, quedaría la puerta abierta para otras conversiones. Los paganos, comprendiendo el peligro, se dieron maña para que las mujeres de nuestros dos brahmas casados les abandonasen: de esta suerte, no teniendo quien les preparase el alimento, les obligaban á volver á la religión de sus abuelos ó degradarse y convertirse en parias.

La conspiración estaba bien urdida; pero nuestros neófitos no se descorazonaron: aunque nunca habían guisado, se arreglaron como pudieron, gozosos por atestiguar de esta suerte su gratitud á Nuestro Señor por haberles llamado á la verdadera fe.

Transcurridos dos meses, logramos hallar un brahma que consintiese en prepararles la comida, arrojando el furor de los otros paganos. Estos se alarmaron, y quisieron obligar al cocinero á que renunciase su empleo, so pretexto de que preparaba alimento para tres parias. El marmitón, empero, deseoso de no perder su plaza, defendía á nuestros neófitos, diciendo:

—Venid, y ved si estos jóvenes no son tan brahmas como vosotros. ¿Por ventura comen carne? ¿No llevan el cordón lo mismo que vosotros?

Acudieron los paganos, y no pudiendo criticar cosa alguna, preguntaron á nuestros jóvenes:

—Al haceros cristianos ¿en qué habéis cambiado?

—En nada; excepto en que hemos abandonado el servicio de los dioses falsos para seguir la única Religión revelada por el verdadero Dios.

Derrotados en este terreno, y viendo que la unión de nuestros tres jóvenes hacía su fuerza, resolvieron separarlos, á fin de triunfar más fácilmente de lo que llamaban su obstinación. Valiéndose de la astucia, alejaron de Trichinopoly al más joven, y lo condujeron á casa de sus padres, donde tuvo que sufrir violentos asaltos. Golpes, insultos, ruegos, todo fué empleado sucesivamente, y por fin, viendo que nada podía vencer su constancia, decidieron enviarle al reino de Tra-

vancore, en la esperanza de que el alejamiento y el tiempo triunfarian de su constancia. Nuestro joven oraba y ofrecía su vida en sacrificio á Nuestro Señor, pues su padre le había dicho:

—¿Crees que te he sustentado hasta ahora para dejarte volver con los Jesuitas? Primero te quitaré la vida.

Mas una noche nuestro héroe, á favor de la obscuridad huyó de su casa, y arrostrando no pocos peligros logró venir á nuestro colegio, donde le recibimos con los brazos abiertos.

Estamos ahora preparando algunos otros brahmas, pero con el mayor secreto, pues los paganos viven alerta, y si sospechasen algo renovarianse las persecuciones.

BRASIL

Usos antihigiénicos de los salvajes del Matto Grosso.—Sus creencias.—Los misioneros agricultores

Desde la colonia Teresa Cristina escribe el R. P. José Solari al Rmo. Sr. D. Rúa:

No puede ser más escaso el personal con que contamos; somos dos sacerdotes, D. Balzola y el infrascrito, y dos catequistas para el servicio de los hombres: tres Hermanas de María Auxiliadora cuidan de las mujeres; y atendiendo al extraordinario trabajo que nos abruma, es de verdadera necesidad aumentar nuestro número.

Estos salvajes, por lo que parece, son exageradamente apocados y cobardes; todo les da miedo; así que apenas tienen un rasguño ó un ligero dolor de cabeza, ya me los ve V. aquí pidiendo emplastos y remedios para aliviar dolores á veces imaginarios, y convirtiéndonos á nosotros en médicos con más clientes que muchos afamados doctores de la vieja Europa. Su modo de vestir está muy lejos de conservarles la salud: no teniendo con qué cubrirse, tanto en verano como en invierno, principalmente de noche, cogen á menudo pulmonías, por lo general mortales. Se embadurnan todo el cuerpo con grasa de cocodrilo, de tigre ó de algún otro animal, para defenderse de los mosquitos y otros numerosos bichos que sin tregua les chupan la sangre; y se pintan con el urucú ó alguna otra substancia vegetal, para repararse algún tanto de los abrasadores rayos solares; mas todo esto sólo redundará en su daño, pues el empleo de todos estos cosméticos paraliza casi de un modo completo la transpiración cutánea. Comiendo la carne de animales en putrefacción, no es de extrañar que la mayor parte de ellos tengan el cuerpo cubierto de llagas; y como si todo esto no fuese suficiente, cualquiera que sea su estado de salud, sudando ó abatidos por intensa y casi continua fiebre, y aun al acabar de comer, se echan al agua fría de cualquier río y en ella permanecen varias horas; todo lo cual produce espantosa mortandad, á lo que se agrega los muchos que necesaria é irremisiblemente deben morir para confirmar las fatales profecías del *baire*.

Las creencias religiosas de estos indios son una verdadera Babilonia. Los *baire*s tienen por más expedito

callarse, y los demás ni aun siquiera saben qué es lo que creen. Por más que hemos tratado de averiguar algo respecto á estas creencias, poco hemos conseguido. Podemos sólo decir que creen en dos genios: *Marébbá*, el genio del bien, y *Boupe*, el genio del mal. A este último dirigen siempre sus oraciones para que no les moleste. Exorcizan los alimentos para alejar á *Boupe*, y el *baire* anatematiza sin miramiento alguno á los que comen otra carne; y en esto no le faltan sus razones, porque cuando la carne está en su punto, al hacer las reparticiones, el *baire*, como el león de la fábula, no se olvida de sí mismo, los mejores bocados son siempre para él. Y ¡ay del infeliz que se atreva á comer prescindiendo de los conjuros del *baire*! una grave desgracia le aguarda, y no podrá evitarla: será una espina que le atraviese el pie, ó la terrible picadura de algún venenoso insecto, ó cualquier otra cosa; lo cierto es que, si bien tarde, el desobediente no queda impune.

Estos indígenas por lo general son gruesos y miden un metro setenta y cinco centímetros de altos. Cuando tienen á su alcance algo que comer se hartan hasta no poder más, sin pensar en mañana; y cuando nada tienen, nada comen, quedándose tan frescos y campantes como si su estómago estuviera bien repleto. Su industria se reduce á la pesca, á la fabricación de arcos y flechas, á desplumar papagayos y *araras*, y á pasarse largas horas tendidos á la bartola, en tanto que sus mujeres cuidan de sus hijos, de la cocina, de buscar los frutos de la tierra y de fabricar las techumbres de sus viviendas.

Esta tribu fué en otros tiempos el terror de estas regiones y causó innumerables víctimas. En un principio el Gobierno mandó contra ellos soldados para reducirlos; mas pronto desistió de medios tan violentos. Trató de reunirlos, y á este efecto estableció la colonia Isabel, que ya no existe. Más tarde fundó la actual colonia Teresa Cristina, que sirve también de estación militar, compuesta de veinticinco hombres al mando de un teniente, y tiene por objeto tener á raya á los indios que en ella se establecen. La tribu es numerosa, pero los establecidos aquí no pasan de unos seiscientos. Viven de caza y pesca, y si su número fuera mayor, carecerían de medios de subsistencia. Si nosotros no tuviéramos atadas las manos por la carencia de medios materiales, muchos más serían los que vinieran á hacer compañía á los ya establecidos.

El Gobierno de Matto Grosso, cansado de la pésima administración de esta colonia, quiso retirar á los soldados y acabar con estos pobres salvajes; pero gracias al buen criterio del presidente del Estado y á las repetidas solicitudes del Ilmo. Sr. Lasagna, se redujo á mejores sentimientos. Por medio de un decreto especial el Gobierno nombró á D. Balzola y á mí respectivamente jefe y auxiliar de la colonia, á toda la cual se extiende nuestra acción; es decir, en una superficie de 2,400 kilómetros cuadrados.

Esto era necesario para alejar toda clase de negociantes, peores á menudo que los salvajes mismos, y que pudieran fomentar los vicios ó poner trabas á nuestra Misión. El Gobierno nos da alimento para doscientos salvajes, y más nos diera si el erario se lo per-

mitiera; de los restantes debemos pensar nosotros, y para ello sólo contamos con nuestros queridos cooperadores.

Por de pronto nos ocupamos en acostumbrar á nuestros salvajes al trabajo. Hemos hecho una buena provisión de guadañas, palas, azadones y otros instrumentos de labranza, y cada día conducimos nuestra gente al bosque para cortar árboles, cavar la tierra y sembrar arroz, judías, caña de azúcar, café, etc. El trabajo de la mañana dura pocas horas para no cansarlos, pues parecen tiernos niños. Por falta de buenos agricultores, ponemos nosotros mismos mano al trabajo; ¡cuánta falta nos hacen algunos de nuestros buenos campesinos! con su trabajo y con su buen ejemplo serían de preciosa ayuda á los misioneros, si se tiene en cuenta que el trabajo para estos pobres indios es necesario, no sólo para sacarles de la holganza, sino también para mantenerles con su producto.

Respecto á su conversión, ésta ofrece varias dificultades, pero con la ayuda de María Santísima Auxiliadora, nuestra especial Protectora, lograremos vencerlas. Una de estas dificultades, y no pequeña por cierto, es á no dudarlo la que encontramos en los vicios que tienen su arraigo entre los soldados. Otra, que es general en ellos, proviene del *baire*, ó sea de sus sacerdotes, médicos y profetas. Es claro que estos falsos sacerdotes hacen y harán todo lo posible para impedir sea conocida y abrazada nuestra Santa Religión; y no es de extrañar que con la amenaza de la maldición de *boupe*, estos pobres indios se alejen de nosotros sin prestarnos oído, pues que todos los dichos y amenazas del *baire* son para ellos artículo de fe. Esto no obstante, haremos cuanto esté de nuestra parte para desvanecer sus errores; retiraremos á nuestra casa á todos los enfermos cuya muerte hubieren ya profetizado, y les asistiremos y cuidaremos para dar el más solemne mentís á estos profetas de Satanás. Dirigiremos nuestros principales cuidados á la juventud, como menos corrompida y más fácil de plegarse, y esperamos poder formar dentro de poco una nueva generación cristiana y civilizada.

He aquí, reverendo Padre, lo que he creído deber comunicarle á fin de que pueda V. enterar á nuestros buenos cooperadores y cooperadoras de lo que se hace en el Matto Grosso. Sirvan estos datos para despertar su caridad en favor de tantos infelices. Jesús, que derramó su preciosa sangre para redimir también á estos desgraciados, se sirve de nosotros para mendigar una limosna en provecho de los salvajes del Matto Grosso.

¿Será posible hallar un corazón que no se conmueva al oír tantas miserias, y rechace la mano extendida del Salvador que aboga por estos moradores de las selvas? ¡Oh! no, la caridad cristiana sabe obrar prodigios, y no se deja vencer por el celo de los protestantes en propagar sus errores.

Muchos creen que su pobreza les impide hacer limosna, y olvidan que Dios recibió con sumo placer el insignificante óbolo de la viuda. Defendamos, pues, todos la causa de los salvajes de Matto Grosso, que es también la causa de la Religión y de la humanidad.

ARAUCANÍA

Nuevo templo en honor del Sagrado Corazón de Jesús.—Visita del Patiru mayor á los indios

El R. P. Fr. Leonardo Burgos, misionero franciscano, escribe desde Cura-Cautín el 21 de Noviembre último:

EL 26 del próximo pasado se dió principio en la capilla misional á una solemne Misión, con pláticas y sermones todos los días. Tomó en esto una parte muy importante el R. P. Pedro B. Quintana, misionero de Lautaro. La Misión fué muy concurrida, alcanzando las confesiones y comuniones á 1,053.

Hacíamos además, todos los días, el catecismo con el objeto de preparar á los niños del Colegio para su primera confesión y Comunión. Sólo 14 de ellos pudieron quedar suficientemente preparados, y con gran regocijo santo de ellos y de nosotros hicieron su primera Comunión.

El 1.º del presente mes llegó á esta Misión el reverendo P. viceprefecto Fr. Domingo A. Carrasco, que venía con facultades especiales del reverendo Padre Prefecto para confirmar á los indígenas y visitar la Misión, como igualmente para presidir y hacer la bendición y colocación de la primera piedra del templo que se construirá en honor del Sagrado Corazón de Jesús.

Espléndido fué el recibimiento que se hizo en la capilla misional al reverendo Padre Viceprefecto, dado el entusiasmo que despertó su llegada en la población.

El día 3 de este mismo mes, que era el designado para la bendición de la primera piedra, para cuyo acto tenía yo anticipadamente invitados á los habitantes de este lugar, se cantó una Misa á la que asistieron nada menos de mil almas. Seguidamente se invitó á la numerosa concurrencia á una piadosa romería, que tenía por objeto trasladar una hermosa imagen de Nuestra Señora del Carmen, que acababa de llegar de Santiago, al lugar donde se iba á colocar la primera piedra del futuro templo.

Con algunos días de anticipación comuniqué á mis feligreses indios que vendría á visitarlos el *Patiru mayor*, y venía con el objeto de confirmarlos en la fe por medio del Sacramento de la Confirmación. Todos los caciques me prometieron su asistencia, diciéndome que vendrían con sus respectivas Reducciones.

Efectivamente, el día de la romería asistieron muchos de los convidados; pero noté con extrañeza que no todos habían concurrido.

Sin embargo, me quedaba la esperanza que el día 4 y 5 comparecerían, porque cuando el cacique habla en calidad de jefe, jamás falta á su palabra. No me equivoqué en mi modo de pensar. A las once del día mencionado comenzaron á llegar nuestros indios, y á las dos de la tarde ya teníamos más de doscientos reunidos y que conversaban con el *Padre mayor* en su lengua propia, y el Padre Viceprefecto á todos atendía con dulzura y familiaridad; les hablaba de su visita y de las ventajas que les reportaría. Viendo los caciques que les hablaba con tanta facilidad el idioma araucano, á pesar de usar ellos siempre un lenguaraz, esta vez lo rechazaron diciéndole:

—*Este Patiru mayor sabiendo mucho hablar mapuche no necesitando lenguaraz.*

Cuando esto sucedía, el incansable P. Quintana formaba las partidas de óleos y confirmaciones, y yo preparaba á los que debían estrecharse con el Sacramento del Matrimonio.

A las tres de la tarde se procedió á los óleos, en seguida á las confirmaciones y después á los matrimonios; todo se hizo con el mayor orden á pesar de la multitud considerable.

Concluída la administración de este Sacramento se les dió á todos abundante comida.

A esta reunión sólo concurrieron los indios de las Reducciones del Río Blanco, faltando, no obstante, muchos de ellos por atender á sus quehaceres.

cía que más trabajo nos quedaba; pues era mucha la indiada que á cada instante llegaba, y todos querían hacerse cristianos en vista de las largas conversaciones relativas á la importancia de su salvación que á cada momento les hacía el reverendo Padre Viceprefecto.

Pasaban las horas y todavía no podíamos concluir de apuntar los óleos, porque, dicho sea de paso, es muy difícil que el indio manifieste su apellido, y por esta razón no se puede abreviar en el trabajo. Llegó la una de la tarde, y todavía parecía que principiábamos; mas quien vino á disolver por un momento la concurrencia y paralizar el trabajo unos instantes fueron nuestros estómagos, que nos pedían un engaño cualquiera, y tanto nosotros como nuestros indios nos fuimos á comer.



GABÓN.—Indígenas del Ogowé. (Pág. 182)

Para el día siguiente, 5 del mes, esperábamos que los trabajos se duplicarían, en atención á que las Reducciones de las orillas del Cautín son mucho más numerosas. Así fué en efecto; porque desde las primeras horas de la madrugada ya notamos gran concurso de indios que venían á ponerse á las órdenes del misionero y á conocer al *Padre mayor*. A la última Misa asistieron muchos indios de los recién venidos y ¡con qué devoción la oían! Parecía que Dios hablaba al corazón de aquellos pobrecitos, y ellos cooperaban á la divina gracia uniéndose al sacrificio de la Misa con los demás fieles.

A las nueve de la mañana dimos principio al trabajo como el día anterior; y cuanto más trabajábamos pare-

Al efecto había hecho matar una vaquillita, de la que hice preparar á los indios un abundante almuerzo, con más diez pesos de pan que se les repartió.

Terminado el almuerzo dimos principio de nuevo á nuestros trabajos, que vinimos á concluir á las seis de la tarde, con una cosecha nada despreciable. Reuniendo el resultado de este día con el del anterior, obtuvimos un total de 129 bautismos, 295 confirmaciones, y bendijimos 715 matrimonios. ¡Alabado sea Dios, todo sea en su honor y gloria!

Después de esta última distribución, despedimos á nuestros queridos indios con toda cortesía, siendo indescriptible el gozo que manifestaban en sus semblantes al considerarse ya hijos de Dios y de su Iglesia.

Santa. Nos prometieron frecuentar el templo todos los días de fiesta para oír la Misa, y que serían buenos cristianos. Por nuestra parte les prometimos que en poco tiempo más tendría esta Misión un colegio para sus hijos, y que en adelante contarán con la protección de los misioneros para el socorro de sus necesidades así espirituales como corporales.

PATAGONIA MERIDIONAL

Un mes de Misión en la Pampa

Desde Puntarenas escribe el R. P. Mayorino Borgatello, misionero salesiano, al superior general D. Rúa:

OBJETO de la presente es dar á V. R. relación de una Misión que acabo de dar en compañía del Rdo. Crema, á través de la Pampa, desde Puntarenas hasta Santa Cruz.

Por mandato y con la bendición del Prefecto apostólico, Ilmo. Fagnano, partimos de Puntarenas con buenos caballos y un experto guía, con el fin de visitar las varias familias civilizadas extendidas por este vasto territorio.

Nuestra primera parada fué en el Paso del Guanaco, en la casa de un tal Cordonnier, cuya familia nos trató muy cortésmente y nos ofreció un puesto bueno y seguro para nuestros caballos, un potrero muy abundante en hierbas y por el cual corría un manso arroyuelo, junto al que sentamos nuestras tiendas, en las que pasamos la noche, por no haber hallado sitio bajo techo. Al día siguiente me arreglé el altar y celebré la Misa, que oyó con grande devoción toda la familia, y concluída bauticé á un niño de seis meses y á un joven de catorce años, y confirmé á seis personas.

Hacia el medio día salimos para Piquetavo ó Pec-koy, donde nos hospedamos en la casa de un buen irlandés, llamado Camerón, que nos trató muy bien. Al día siguiente celebré en la mejor sala de la casa la Misa, que todos oyeron con gran devoción y piedad, y durante la cual hizo su primera Comunión el primogénito Guillermo, de dieciséis años, á quien confirmé, lo mismo que á su hermanita.

Nuestro guía salió de casa ya algo indispuerto, y con el agua, el granizo y el frío se agravó de tal modo, que hubo de guardar cama con una fuerte pulmonía. ¡Crítica situación! ¿Cómo continuar el viaje sin guía? ¿Dónde hallar otro? Esto nos preocupaba y no poco; mas la Divina Providencia no nos abandonó. Un joven de dieciocho años, llamado Pedro Ramírez, que conocía el camino casi hasta Gallegos, se ofreció á acompañarnos hasta dicho punto, en tanto que Juan Alvarado, el primer guía, se volvía á Puntarenas para restablecerse.

Pasamos por San Gregorio en Casa Menéndez y en casa Doulán, y llegamos hasta la Punta Delgada ó Buque Quemado, fin del Estrecho de Magallanes, donde reside una Sociedad inglesa cuyo jefe es el Sr. Wovot. Pasada aquí la noche, al día siguiente, después de celebrar la Misa, á la que asistieron varios colonos chilenos, dejamos la hermosa ribera del Estrecho de Magallanes, atravesamos la doble cadena de montes y nos internamos en la Pampa con dirección á Gallegos.

Difícil era el paso, pues íbamos fuera de camino y ninguno de nosotros conocía el terreno; nos habían indicado la ruta, mas de un modo vago; por lo que marchábamos con no pequeño temor de extraviarnos.

Magnífico era el panorama que se presentaba ante nuestra vista llegado que hubimos á la cima de uno de los picos de la cordillera. A un lado el Estrecho de Magallanes, la Tierra del Fuego, la larga punta que se interna en el mar y es conocida con el nombre de Cabo Vírgenes, el Cabo Dungenes y Monte Dinero, que con la elevada pirámide que sobre su cima se yergue sirve de faro á las embarcaciones: del otro, un valle seguido de la segunda cordillera, y hacia Gallegos en la Pampa se descubrían, á poca distancia el uno del otro, los montes Aymond y Orejas de Burro, éste así llamado por la semejanza que tiene con las orejas de dicho animal.

No nos detuvimos á contemplar el soberbio espectáculo que se nos ofrecía por la prisa que teníamos de llegar á Gallegos; al medio día nos encontramos en las faldas del Aymond, que parece un volcán apagado. La geografía indica un lago en este sitio; lo vimos, pero estaba seco: en todo el largo trayecto de once horas no hemos hallado ni una gota de agua. Caminamos á buen paso desde las ocho de la mañana hasta las siete de la tarde para llegar á Gallegos, mas la noche se nos vino encima en el desierto, sin poder hallar agua, ni leña, ni una choza, ni yerba para los caballos. Acampamos junto á dos altos montes de viva roca, llamados *conventos*, madriguera de los guanacos, y dicen también que de feroces leones, mas nosotros solo vimos á los primeros.

Antes de llegar á dichos *conventos* se ve una larga hilera de montecillos llamados los *frailes*, pues parece que llevan capucha y que van en procesión uno tras otro. Contentos nos resignamos á pasar la noche con estos solitarios y hacer con ellos un poco de penitencia, con la boca seca, después de una larga jornada de viento y polvo; mas no se resignaron tan facilmente los caballos, y para que no se nos escaparan los aseguramos bien. Sin esta precaución hubiera podido acontecer lo que, años hace, sucedió al pobre cocinero del señor Guilaume. Viajaba á caballo por la Pampa no sé hacia dónde; se bajó un momento, y se descuidó de atar el caballo, que apenas se sintió libre huyó, dejando al pobre ginete, que anduvo errante siete días, y ya se tenía por muerto, cuando la fortuna quiso que se encontrara con el Sr. Guilaume, en cuya casa es todavía cocinero.

A las primeras horas de la mañana celebré la Misa, mientras soplabá un fuerte viento: amaestrado por la experiencia, llevo siempre conmigo una botellita de agua para que no me suceda que no pueda celebrar tan augusto Sacrificio por falta de este indispensable elemento. Apenas concluída, el cielo abrió sus cataratas, y un deshecho temporal cayó sobre nosotros: duró una hora, pasada la cual serenóse el cielo, y pudimos continuar nuestro camino, llegando á la una de la tarde al Río Chico de Gallegos.

Los caballos apenas vieron de lejos el agua del río, precipitáronse hacia ella como un rayo, sin que poder humano pudiera detenerlos; más de treinta horas hacía que los pobres no habían bebido, y á causa del gran viento y polvo sentían igual necesidad que nosotros de refrigerarse algún tanto; pero el mar había crecido mucho y el agua del río era salada. ¡Cruel desengaño! los caballos no se daban momento de reposo en su inútil tarea de buscar agua dulce; inquietos y agitados se revolvían de un lado á otro probando de los regueros, charcos y hoyos, mas ¡toda era salada! se metieron por sitios pantanosos, y yo que quise ir á tomarlos quedé casi hundido. Después de grandes fatigas para poder hallar un paso bueno, topamos con dos hombres á caballo, únicas personas que encontramos en dos días de viaje, las cuales nos enseñaron el camino, y de este modo antes de anochecer llegamos finalmente á Gallegos, donde hallamos cuanto era necesario para nosotros y para las bestias.

En Gallegos nos hospedamos en la nueva casa del gobernador, aún no concluída, y nos detuvimos algunos días; convertimos en iglesia una sala, pues la del pueblo la ocupaba provisionalmente la tropa, y así pude celebrar todos los días, con asistencia de la familia del gobernador y otras muchas personas. Este pueblecito, aunque lentamente, progresa; consta de treinta y dos casas, y sus habitantes pasan de doscientos; al otro lado del río hay otras varias casas.

En Gallegos esperan un sacerdote estable que cuide de sus almas; sus esperanzas estriban en la promesa que les ha hecho el Ilmo. Fagnano de mandárselo pronto. El Gobierno nos da diez mil metros cuadrados de terreno para iglesia, casa, oratorio festivo, escuelas, etcétera, para nosotros y para las Hijas de María Auxiliadora, y se tienen para principiar los trabajos ocho mil pesos; no es esto todo lo que se necesita, mas la Providencia se encargará de proveer lo que falta.

En dicho pueblo administré siete Bautismos, diez Confirmaciones, bendije tres matrimonios y distribuí bastante número de Comuniones.

Debiendo ir á bautizar dos niños á la orilla opuesta, tomamos un guía muy práctico, que nos precedía con su caballo mostrándonos el camino: tras él iban nuestros caballos de carga, y por último nosotros: apenas tres caballos siguieron al guía; los otros se lanzaron en el río con el afán de pasarlo antes; inútiles fueron las voces del guía y nuestros esfuerzos, pues de nada hacían caso; el catequista Crema y el otro guía pasaron sin dificultad alguna; mas no así yo, que montaba una bestia muy briosa, poco obediente al freno y caprichosa en extremo. Me vi negro para seguir adelante, y en poco estuve que tomara un baño de padre y muy señor mío. En vano me esforzaba en dirigir el caballo, pues él giraba cual rueda de molino y se ponía de manos para tirarme. Me vi, pues, precisado á secundar sus deseos de seguir á los otros, que, habiendo pasado á nado, pusieron el equipaje hecho una sopa. Sumergiéndose al momento hasta el cuello, y lo que peor es, en un fuerte remolino: por tres veces hizo no pequeños esfuerzos para salir de aquel laberinto, mas inútilmente; le

faltaban las fuerzas. En este aprieto, intenté arrojarme al agua para salvarme á nado, pero la impetuosidad de la corriente me quitó las ganas, y me resigné en las manos del Señor. ¡Con qué espontaneidad y efusión vienen á los labios en tan críticos momentos las jaculatorias é invocaciones á Nuestro Señor, á María Santísima y á los Santos! En mi vida he pasado susto más grande: mis compañeros me miraban con espanto y rezaban por mí, no pudiéndome ayudar de otra manera. Como le plugo al Señor llegué á la orilla, calado hasta los huesos, y mi primer pensamiento fué dar gracias á Dios y á María Santísima Auxiliadora; después continuamos el viaje, dejando al viento el cuidado de enjuagarnos.

Al anochecer llegamos á Santa Cruz, donde nos hospedamos en casa Pedretti, óptima familia catalana, que nos trató muy bien.

Llegamos á Santa Cruz muertos de cansancio, como es de suponer después de haber en solo tres días recorrido cerca de trescientos cincuenta kilómetros, entre gran polvareda y acosados por el frío, el hambre y otras mil incomodidades: el pobre catequista Crema se había aquel mismo día caído del caballo, y le dolía fuertemente una pierna.

En el presidio de Santa Cruz se cuentan 255 almas, y 105 casas ó cabañas. Se nos recibió cortésmente por todas las Autoridades; nos esperaban ya desde algunos días, y diéronse prisa á concluir la capilla antes de nuestra llegada. Esta nueva iglesia mide 24 metros de larga por 8 de ancha; comprende un área de 192 metros; sus paredes son de adobes, y el techo de pino cubierto de cinc: por ahora sirve maravillosamente y tiene su correspondiente campana para llamar á los fieles. El 19 de Marzo, fiesta de San José, bendije la iglesia colocándola bajo la advocación de la Santa Cruz y la Sagrada Familia; celebré en ella por vez primera el Santo Sacrificio, al que asistieron los soldados, jefes y todo el pueblo, y fué día de grande alegría para todos.

Desde dicho día 19 hasta el 25 se dió una Misión en toda regla, predicando mañana y tarde, y haciendo catecismo á los niños los ratos que nos quedaban libres: nuestras fatigas, gracias á Dios, fueron coronadas de buenos resultados, arreglé 7 matrimonios, bauticé á 12 niños, confirmé á 45 personas, la mayor parte adultas, oí buen número de confesiones, y distribuí bastantes Comuniones, especialmente á los soldados.

Nuestro regreso fué rápido merced á los buenos caballos de que disponíamos; y llegamos á Puntarenas la víspera de la Semana Santa, cuando más se sentía nuestra ausencia. En los últimos días tuvimos que romper el hielo de los riachuelos para lavarnos por la mañana, y el viento nos helaba las manos y las orejas.

Nuestro viaje duró 33 días, en los que atravesamos 16 ríos, grandes y pequeños; vimos 130 lagos, 34 de agua dulce, 2 de agua salada, 2 de sal, y secos los otros 92. De día en día va secándose la Patagonia; y á este paso dentro de pocos años difícilmente se hallará en el campo agua para los animales.

Pasamos por los sitios siguientes: Paso del Guana-co, Piquetavo ó Pec-Koy, Oseao, San Gregorio, Punta

Delgada, Gallegos, Coy-le, Cañadón de las Vacas, Santa Cruz, Cañadón de las Chinas, Laguna de la Leona, Guaraike, Paleaike, Dina Marquera, Cabeza del Mar; haciendo un camino de 1,950 kilómetros.

Dígnese, Rmo. P. Rúa, unirse á nosotros para bendecir y dar gracias á la Divina Providencia que tan buena ha sido con nosotros, y en modo especial conmigo, durante este largo viaje. Llegamos á casa sanos y salvos, si bien apenas ocho veces dormimos en cama.

Por cuanto le he dicho en esta relación, fácilmente puede ver V. R. la gran necesidad que tenemos de sacerdotes en esta prefectura apostólica: nosotros rogamos á la Divina Providencia que, por medio suyo, se digne mandarlos cuanto antes.

ARCHIPIÉLAGO GILBERT (Oceanía)

Nueve días perdido en alta mar

A la par conmovedora y dramática es la relación siguiente en la cual el H. Bernardo Lemmens, coadjutor de la Congregación del Sagrado Corazón de Issoudun, refiere las peripecias de una travesía por mar, que duró nueve largos días en vez de algunas horas, y durante la cual el pobre misionero sufrió todas las angustias de una verdadera agonía.

ERA el sábado, 28 de Septiembre de 1895. Entré en una barca para ir á presidir los Oficios del domingo á un lugar distante tres leguas.

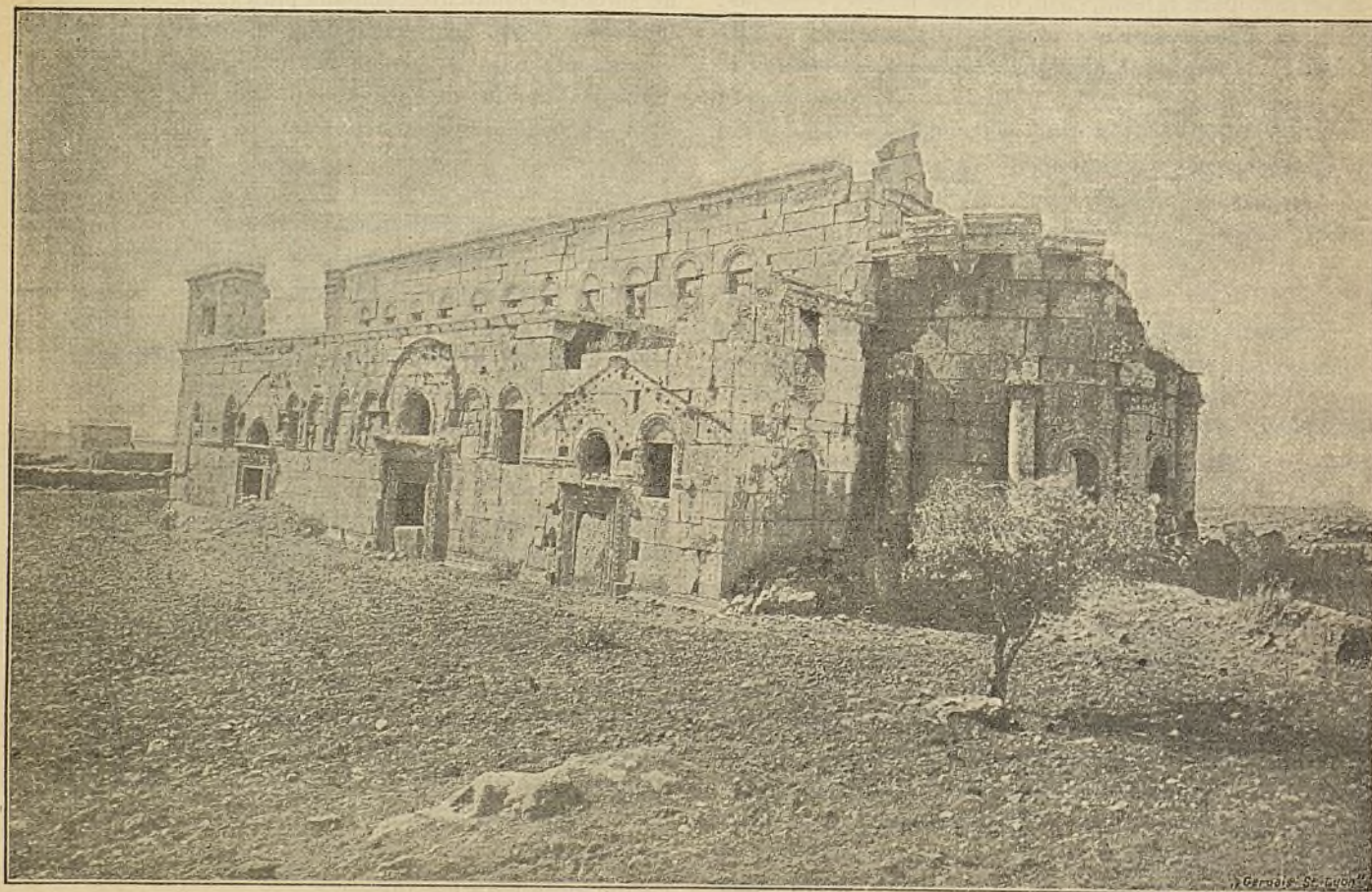
El viento no era favorable. Por único equipaje llevaba un poco de tabaco, una estera y una manta, la mosquitera y doce bizcochos. En mi precipitación olvidé los

remos y emprendí la navegación á la vela, pues mi viaje debía ser á lo largo de la costa.

Al cabo de cinco horas llegaba frente el lugar donde me dirigía. El viento había aumentado, agitando con fuerza las olas: resultado, que me fué imposible virar hacia la costa.

Una hora después el sol había terminado su carrera; mas no sucedió lo mismo á mi embarcación: una fuerte corriente alejábame cada vez más de la costa. Asaltado por tristes pensamientos, rogaba á Jesús, María y José, á todos los Santos Patronos y al Angel de mi Guarda, pero la corriente seguía arrastrándome á alta mar. Recogí la vela; fatigado me eché en el fondo de mi embarcación, y dormí hasta despuntar el alba... La tierra había desaparecido. Entonces colgué en lo alto del mástil como señal de angustia mi pobre sotana, pues no tenía otra cosa, y abandonéme de nuevo á merced de las olas. El mareo vino á empeorar mi situación, y empecé á vomitar terriblemente, sin tener una sola gota de agua fresca para lavarme la boca. De nuevo desplegué la vela, invocando en alta voz á la Virgen María, y entonces viró la embarcación. Me dirigí hacia donde creí encontrar tierra; pero el sol ocultóse en Occidente, sin que la hubiera descubierto aún.

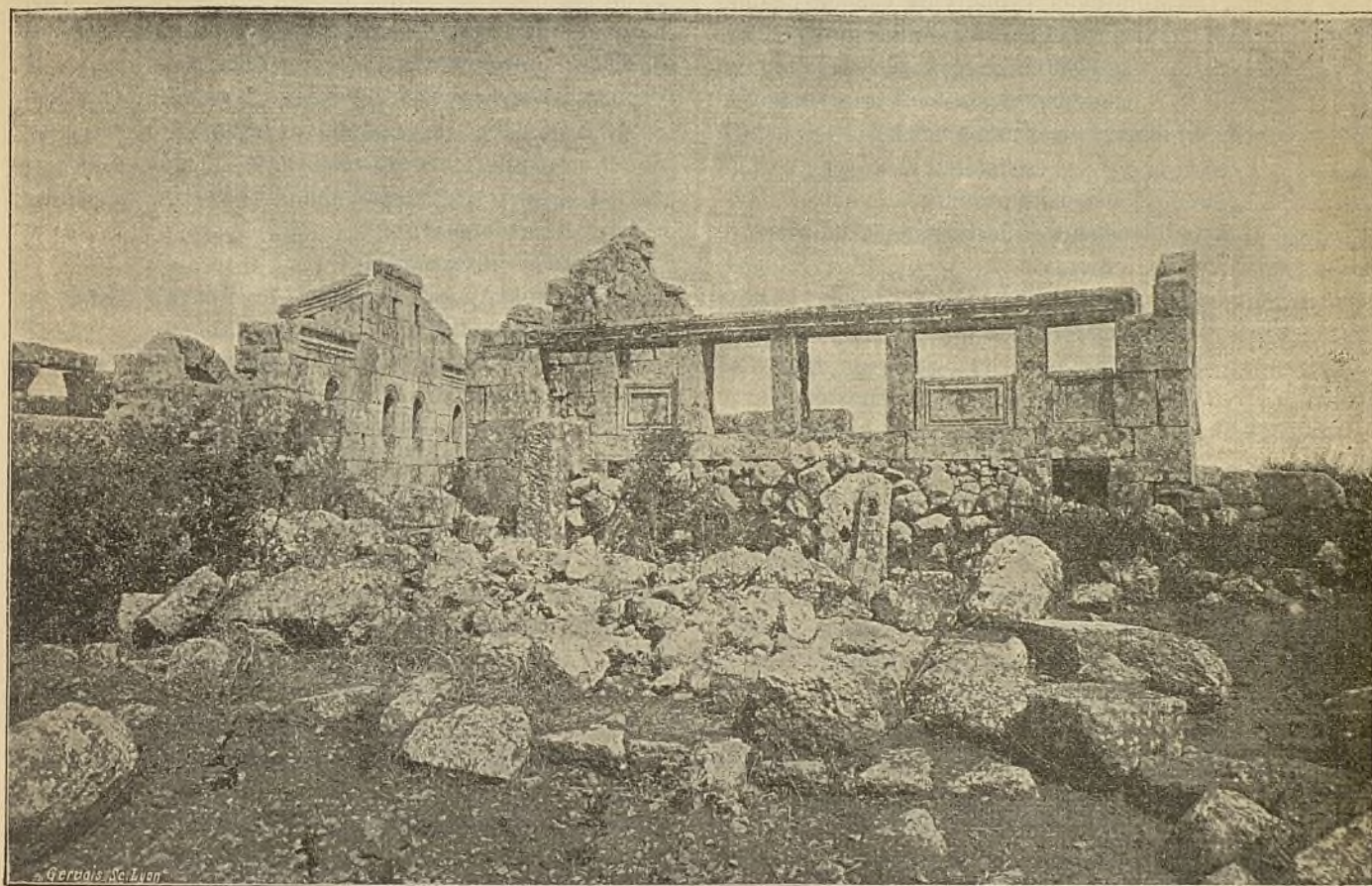
El viento soplabá con fuerza, y la barca impulsada por él deslizábase rápidamente. En el horizonte creí descubrir la costa, y esperanzado navegué durante tres horas en la misma dirección. Creyendo que había pasado la isla por la parte Norte, me dirigí hacia el Sur. A media noche, conociendo que me había equivocado, volví á tomar la dirección Norte. A las tres de la madru-



SIRIA.—Qalb-Luseh: Iglesia del siglo VI. (Pág. 184)

gada emprendí nuevamente la navegación hacia el Sur, pero siempre en vano, pues cuando el sol extendió sus rayos vi que por todos lados el horizonte se confundía con el mar. Entonces tomé uno de los doce bizcochos; lo mojé con el agua salada, y aunque sin apetito, lo comí. Poco agradable es el agua del mar; pero seco me era imposible tragarlo, después de cuarenta y dos horas de no comer ni beber. Nuevamente me dirigí hacia

Ocurrióseme la idea de coger algún pececillo de los muchos que rodeaban mi embarcación. Arranqué un clavo de un madero, lo retorcí, atélo á un hilo y coloqué al extremo de dicho clavo un pedacito de bizcocho. Al momento un pez pequeño se dirigió hacia él; creíalo ya en mi boca, pero pasó sin morder. Cambié el procedimiento. Vacíe una cesta, la até con una cuerda, dejé-la hundir en el mar; luego la retiré, con un pescado...



SIRIA.—Dehhes: Fachada de casa y parte posterior de una iglesia. (Pág. 184)

el Sur. Tal vez, pensaba yo, llegaré á Peru, donde se encuentra el H. Fernando. Abrasado por los ardientes rayos del sol, no tenía una gota de agua dulce para refrescar mi seca garganta.

Cuando la noche extendió por el mar sus sombras, no se descubría la costa por ningún lado: tomé otro bizcocho, lo remojé con agua de mar, y me lo comí. Mi sueño interrumpíase con frecuencia: varias veces me desperté asustado, creyendo que mi embarcación había chocado contra las rocas de la costa.

El martes cambió el viento; estaba muy cierto de haber pasado mi estación, y como soplaba viento favorable para retroceder, viré nuevamente al Norte y comí otro bizcocho. Al poco rato, la calma más completa sucedió al ligero vientecillo, y entonces me encontré en medio del mar, quieto, inmóvil, como si siempre debiese permanecer allí. La tristeza empezó á apoderarse de mi corazón, y entonces tomé la *Imitación de Cristo*, abrí sus páginas y leí el capítulo XII del libro I. Pronto desapareció hasta la menor sombra de aquélla, y empecé á tararear una canción: «Feliz eres navegante, que á Dios tienes por piloto...»

del tamaño de una pluma de escribir, y me lo tragué vivo. Eché nuevamente la cesta al mar; pero nada más cogí.

Viendo que la pesca no daba buen resultado, dejé esta ocupación y empecé á limpiar la barca: tal vez, pensaba, caerá repentina y abundante lluvia, y podré beber el agua que en ella se recoja; pero por desdicha no llovió.

Por la tarde volví á ver algunos pececillos; afortunadamente logré coger uno con la mano.

Acercóse á la embarcación un pescado de regulares dimensiones, y llegué á herirle con la cadena del áncora, sin que por ello se alejase. Al rededor de la barca nadó durante largo tiempo y después empezó á seguirme. ¡Cuánto deseaba cogerlo! pero carecía de anzuelo... Ocurrióseme atar al extremo de una cuerda, una hoz pequeña con la mitad de un bizcocho, y lo eché al pescado; mas éste desdenó la presa.

Ocupado en estos trabajos terminó el día sin que descubriese tierra por ningún lado. Del fondo de mi corazón rogaba á todos los habitantes de la Jerusalén celestial tuviesen piedad de mí. En medio de mis penas

percibía una voz interior que me decía: «La gracia de Dios debe bastarte.» ¡Con los dedos recogía las lágrimas de mis ojos; me humedecía con ellas los labios, y pensaba: Jesús muriendo en el Calvario lamentábase de su sed; pero sus manos clavadas en la cruz no podían servirle para recoger una lágrima y humedecer con ella sus labios!

Vino de nuevo la noche sin que viese otra cosa que mar y cielo. Dormí breves ratos, y de vez en cuando fijaba mi vista en el horizonte, por si distinguía el resplandor de alguna hoguera en la costa de cualquier isla: ¡pero nada! Continuamente oía los peces voladores al rededor de mi embarcación; mas ni uno tan solo cayó en ella... Pasó la noche. Al despuntar el sol sólo se veía por todos lados el monótono horizonte.

Elevé al cielo las preces de la mañana, medité sobre la eternidad, y luego canté lo siguiente:

«Dirigiendo con mano firme el timón, desafía el piloto el embate de las olas: á pesar de la tempestad, pasa sin estrellarse por entre las rocas inquebrantables. Por esto, fijos en Vos, oh María, sus ojos, vuestro siervo permanece libre y feliz, en tanto que muchos otros tiemblan ante la malicia y rabia del furioso abismo.»

No tenía apetito. Mi vista se fijaba ansiosamente por todos lados sin distinguir cosa alguna. Al medio día volví á reblandecer un bizcocho en el agua del mar; no sin grande trabajo logré tragarlo, pues la sed cerraba mi garganta. Algo confortado por esta parca comida, extendí más fuertemente la vela y me dirigí hacia el Norte. Mis piernas empezaban á flaquear: estaba seco como un pedazo de leño. Tendime en la barca. Vi una gruesa araña; la cogí y chupé: esto parecerá increíble, mas es cierto.

Figuróseme que pronto descubriría la tierra; pero llegó la tarde y... siempre lo mismo: mar y cielo. Por la noche, naturalmente, quedéme sin cenar.

Amaneció el día siguiente triste, el viento en calma, quieta la mar como si estuviese helada. Ante mis ojos, en el Océano, tenía comida abundante: multitud de peces rodeaban la embarcación (el mar es en este lugar riquísimo en pescados); ordenéles que saltasen dentro la barca, pero sin duda era muy débil mi fe. Entonces empecé á pensar en la muerte. De repente ocurrióseme la idea de atar con una cuerda la mosquitera y echarla al mar á manera de red. La extendí y retiré repetidas veces, pero siempre sin éxito.

El sol descendía por el Oeste, y por todos lados sólo se veía el horizonte azul. Algunas gotas de agua del mar fueron mi cena aquel día. Nuevamente extendí la mosquitera sobre las olas, vi que dos hermosos pescados nadaban encima, y rogué á San Pedro, que había cogido la pesca milagrosa, que me alcanzase siquiera una algo regular. Mas ¡ay! nada hallé al retirar la red.

Presto me dormí, y la imaginación empezó su trabajo: constantemente creía ver la deseada tierra, ó que dos hermosos niños me llevaban restauradora comida. Ante tan halagüeña visión despertaba subitamente, mas ¡ay! todo aquello no eran más que sueños.

Sólo me quedaba la esperanza de que muchas veces,

cuando se cree más improbable obtener socorro, es cuando se tiene más cercano. Abrí la *Imitación de Cristo* y leí los capítulos XII, XV, XVI, XVII y XVIII del libro III. Confortado y alentado con esta lectura, miré de nuevo si descubría tierra, pero mi vista se perdía siempre en aquel triste horizonte. El sol volvió á ponerse, llegó la noche, extendí en el mar la mosquitera, pero todo fué inútil, mis esfuerzos no produjeron el menor resultado.

Rendido por la fatiga, sin ocuparme de nada me acosté. Dormí, pero esta vez el sueño duró poco.

Constantemente creía oír niños jugando... A las cuatro de la mañana imaginéme ver algunas rocas; pero cuando me hube acercado resultaran ser dos nubecillas que por el horizonte se elevaban al parecer burlándose de mí y diciéndome:

«¡Muere pues, miserable!»

«Señor, suspiré tristemente, ¿no habrá manera de terminar este martirio?»

Nuevamente me dirigí hacia el Sur. Recé el Santo Rosario, las oraciones de la mañana y el Oficio; á las diez volví á rezar el Rosario. Luego noté que las fuerzas iban abandonándome. La respiración era más fatigosa, y mi cuerpo no hacía el menos movimiento: bebí algunos sorbos de agua, diciéndome á mí mismo:

«Esta es la vez postrera que esta agua humedece tus labios, pues no es posible vivir más.» Entonces me acordé de mi querida madre, y de mis hermano y hermana. Tomé un pedazo de papel y un lápiz, y escribí:

«¡Jesús, María, José! ¡Hágase siempre la santa voluntad de Dios!

«Queridísima madre: Tengo la dicha de mandarle desde el ataúd mi último adiós. He sido arrastrado lejos de la costa por una corriente. Hace ocho días busco la tierra, y no la hallo. En este momento poseo, aunque muy débiles, todas mis facultades; un pequeño desfallecimiento bastará para privarme del uso de los sentidos. Muero por la salud de las almas y por la gloria de Dios y de su Santísima Madre María. De todo corazón, madre querida, le mando un estrecho abrazo lo mismo que á mis hermanos y hermana, y... desde el cielo rogaré por todos. No me olvidéis en vuestras oraciones.

«BERNARDO P. LEMMENS.

«Misionero del Sagrado Corazón de Jesús.»

Escribí luego la dirección de mi madre y la del reverendo Padre Superior de la Misión.

Dirigí al cielo mis súplicas diciendo: «Ahora, Señor, disponed de mí,» y luego prorrumpí en amargo llanto. Permanecí echado durante algún tiempo; después me levanté, fijé otra vez la vista á mi alrededor y... ¡tierra! Veíala extenderse hermosa como nunca delante de mi embarcación.

Era el sábado á las dos de la tarde.

Faltábame vencer la última dificultad: la fuerte corriente que tendía á separarme de la orilla. Esforcéme cuanto pude por dirigir la barca, y á las seis de la tarde me encontraba á cinco minutos de la costa. Arras-

trado otra vez por la corriente, dejé mi nave á merced de las olas para que éstas la hiciesen astillas en las rocas, y pudiese yo de esta suerte llegar á la codiciada orilla. Enderecé la proa hacia la costa; pero la navicilla viró á la derecha: de nuevo intenté el avance, y viró á la izquierda. Largas horas transcurrieron en esfuerzos inútiles, hasta que cansado dejé el timón, y poniendo toda mi confianza en el Angel de mi Guarda le dije: «Vos seréis el timonel.» Recé seis *Padre nuestros*, *Ave Marías* y *Gloria Patri* con intención de ganar las indulgencias concedidas al escapulario azul, y apliquélas á las benditas almas del purgatorio para que me obtuviesen que una ola me arrojase con la barca por encima de las temidas rocas. Súbitamente fui arrastrado con la rapidez del rayo. Creía que mástil, vela, todo caía á la mar. Había pasado las rocas. Era la mañana del domingo 6 de Octubre.

Tomé tierra en Nonuti, lugar donde dos meses antes se había establecido el R. P. Bontemps. Me encontraba á tres leguas de la estación. A las primeras horas de la tarde un indígena guióme á la casa de nuestros Padres, donde fui acogido cordialmente, y asistido con sumo cuidado durante cuatro días. Por grados fui recuperando mis perdidas fuerzas. A la primera ocasión que se me presente volveré al lado de mis queridos negros.

P. D. Al terminar esta carta llega el R. P. Ricardo Van de Wouver. Viene con el objeto de anunciar mi fallecimiento al reverendo Padre Superior. Ha celebrado tres Misas por el eterno descanso de mi alma... Al oír la noticia no dejo de alegrarme, pues todo esto tendré adelantado en la hora de mi muerte.

ECUADOR

USOS Y COSTUMBRES DE LOS SALVAJES, Y TRABAJOS DE UN MISIONERO, POR EL R. P. FR. ENRIQUE VACAS Y GALINDO, DE LA ORDEN DE PREDICADORES.

VII

Teología y religión (continuación).

La bebida dirigida á excitar el sistema nervioso, y á crear en la imaginación mil fantásticas ilusiones, no tarda en producir efectos: todos los sentidos se animan, todas las facultades se despiertan, principian horribles convulsiones, los pelos erizados, los ojos ensangrentados, las narices hinchadas, los labios temblorosos, rechínanle los dientes, ronca bruscamente la garganta, los puños cerrados, se agita el soñador, se retuerce como un condenado, grita como un desesperado ó brama como energúmeno...

En este momento, afirman ellos que tienen íntima comunicación con el *iuanchi* que se apodera de todo su ser; pero lo indudable es que excitada tan vivamente la fantasía, ven mil raros y extraordinarios fenómenos que, para ellos, son infalibles revelaciones.

Calmada la excitación diabólica, permanece el vidente tres días como muerto; al cabo de los cuales se levanta y torna á la casa á convertirse en oráculo de la tribu. De todas partes recibe visitas y mil felicita-

ciones de fervorosos romeriantes que van á escuchar las instrucciones dadas por el *iuanchi*. Si se trata de la guerra, no tarda él mismo en salir á recorrer la selva; autorizado é iluminado, como está, por las revelaciones del genio del averno, que le ha prometido segura la victoria, va á mover las huestes que deben seguirle.

Aseguran también los jívaros que el *iuanchi* se les aparece con frecuencia y cada vez que le invocan, ya para revelarles cosas secretas, ya para curar enfermedades, ya para cualquier otro fin que los salvajes desean. Al aparecérselos, dicen que toma ordinariamente la forma de mono ó macho cabrío; y es notable que los salvajes, que no conocen al macho cabrío, cuando describen al diablo en esta forma le den sorprendente semejanza con este animal.

Los macaveos refieren el hecho siguiente: una mujer cayó de la inmensa altura de una palma; la cabeza quedó dividida, pues se veía roto el cráneo; de una herida en la espalda le brotaban torrentes de sangre, y una pierna tenía casi toda desollada. Los cinco macaveos que presenciaron la catástrofe dijeron:

—Está muerta, es imposible que viva.

Los jívaros al contrario:

—¡Al monte, exclamaron, al monte, que la cure el *iuanchi*!

Y la condujeron, en efecto, á una colina solitaria. Ocho días después, dos de los macaveos fueron expresamente á saber el resultado, y con asombro hallaron á la india sana en casa como antes de la caída.

Los misioneros hemos presenciado el siguiente hecho: en una de nuestras escuelas denominada la Ermita un jívaro de diez años, sumamente aplicado é inteligente como pocos, pues en un solo día se aprendió el alfabeto castellano al revés y al derecho, llevaba dos pesados trozos de leña sobre el hombro; tropezó el muchacho y cayó tan reciamente uno de los palos sobre el pie derecho, que de dolor quedó sin poder hablar. Condújole la familia al *monte santo*; allí se le servía la comida y bebida; diósele á beber el narcótico acostumbrado en tales casos; y él mismo nos lo ha referido, que vinieron hacia él una como procesión de *apachis* (así se llama en jívaro á los cristianos), bien vestidos, y acercándosele uno de ellos, le dijo:

—Yo soy el *iuanchi*: ¿quieres sanar del pie?

—Sí, contestó el enfermo.

Entonces cogió saliva y le tentó la hinchazón. Pocos días después vímosle del todo sano, sin que podamos dar explicación cumplida á este fenómeno.

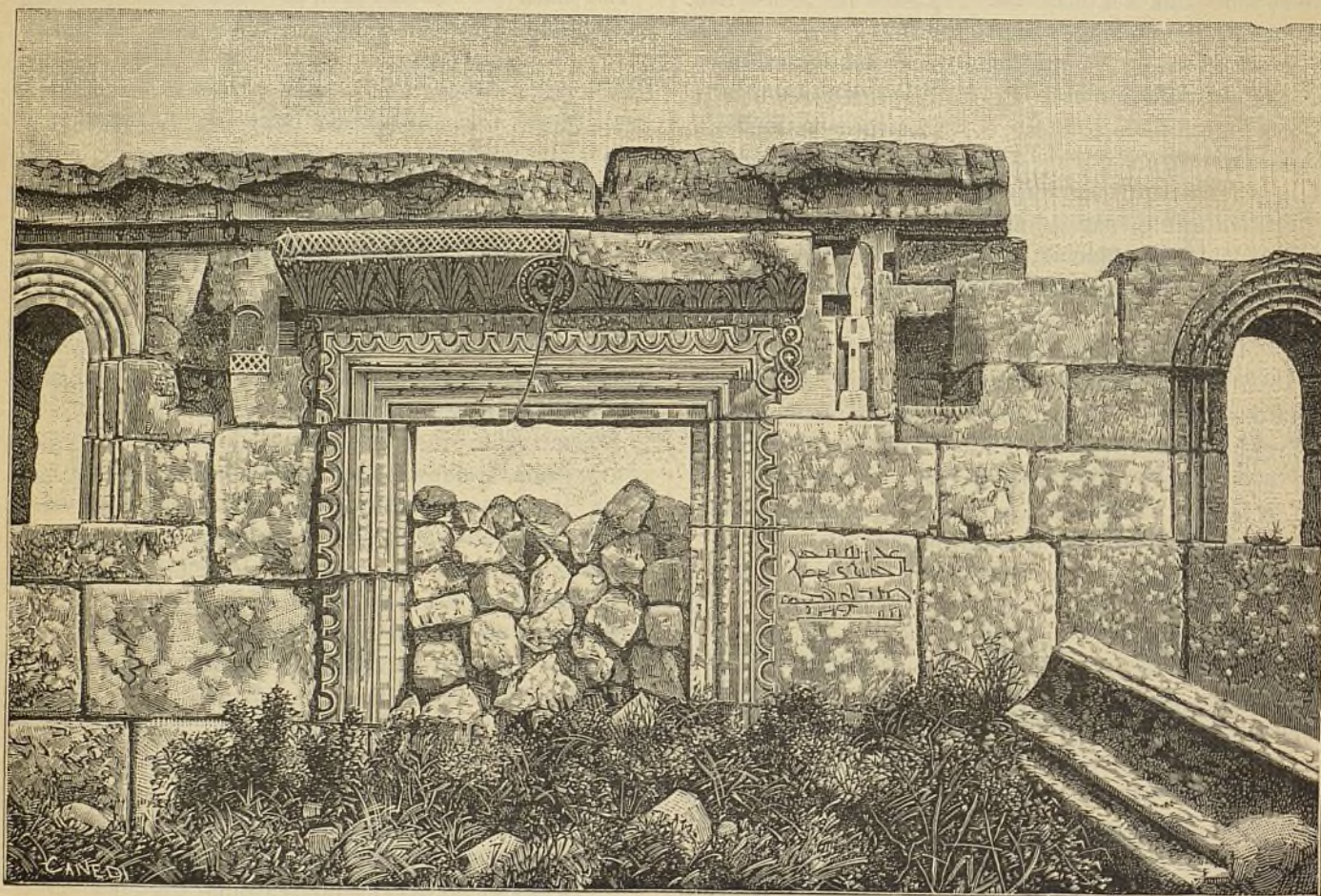
Los ayunos pudieran considerarse como una parte principal de la religión de los jívaros; y aunque Yumalla intente matar hasta al mismo *iuanchi* con su lanza, el espíritu de estos salvajes está tan convencido de la existencia de una fuerza superior que preside las leyes y economía de la naturaleza y los mismos actos de la vida humana, que el ayuno es mirado por ellos como asunto de vida ó muerte, y sorprende la fidelidad con que lo observan. Cuando van á la guerra, matan enemigos y adquieren *zhanzhas*; largos años ayunan hasta hacerles la fiesta, porque creen que si así no lo hacen, morirán pronto, la familia perecerá de necesidad, no producirán las sementeras y no prosperarán los animales. El padre que quiere que su tierno hijo se crie cor-

pulento y sano, ayuna hasta verlo joven desarrollado y robusto; é igualmente ayuna el que quiere que su perrito le salga bravo cazador.

Consiste el ayuno en abstenerse con nimia solicitud de toda carne de animal muerto á saeta, de ciertas carnes de aves y animales determinados; le está permitido comer pescado, yuca, plátano y pequeñas avechitas, aunque fuesen muertas á saeta. En señal de penitencia píntase fajas negras en el cuerpo, y en la cara muestra una raya de color idéntico que, pasando por el labio superior, va de la oreja derecha á la izquierda. Viaja también sin lanza, y este es el mayor de los sacrificios para él; porque el jívaro considera siempre asechada su existencia: si arrostra el peligro de ir des-

Sin embargo, el sacerdocio no constituye rango especial, ni es privilegio exclusivo de ciertas familias ó individuos el ejercicio de sus funciones; con todo, sólo pueden ejercerlo ancianos y mujeres de mucho respeto y sumamente versados en las tradiciones y usos de sus mayores.

Las principales fiestas son: las bodas nupciales, la de las mujeres, la del tabaco y la de las *zhanzhas*. La primera, como es natural, tiene por objeto celebrar el himeneo de los desposados. La segunda tiene lugar cuando han madurado la yuca y el plátano que los recién casados sembraron: su objeto es obtener que la nueva esposa salga trabajadora y decidida por el adelanto de la casa y de la familia; al presentar el sacer-



SIRIA.—Puerta lateral de la iglesia de Dehhes. (Pág. 184)

armado, es solamente por el respeto á una ley que cree sobrenatural.

Las fiestas igualmente pudieran considerarse como parte de la religión. Toda fiesta es presidida por un anciano que se le puede mirar como un sacerdote, que tiene las atribuciones de ordenar y mandar en el procedimiento del ceremonial; desempeñar ciertas ceremonias peculiares á cada fiesta; dar á beber zumo de tabaco á quienes la celebran; entonar y dirigir el canto y el baile; repartir carne, pescado y plátano á los convidados, etc. Lo digno de maravilla es que esta raza semiatea tenga también sacerdotisas, es decir, ancianas que respecto á las de su sexo, desempeñan algunos oficios que el sacerdote respecto á los hombres.

dote chicha, yuca y plátano á la joven esposa, le dice:

—Así has de servir á tu marido: no consentirás que padezca sed y hambre, darasle de comer y beber, aunque él no te pida...

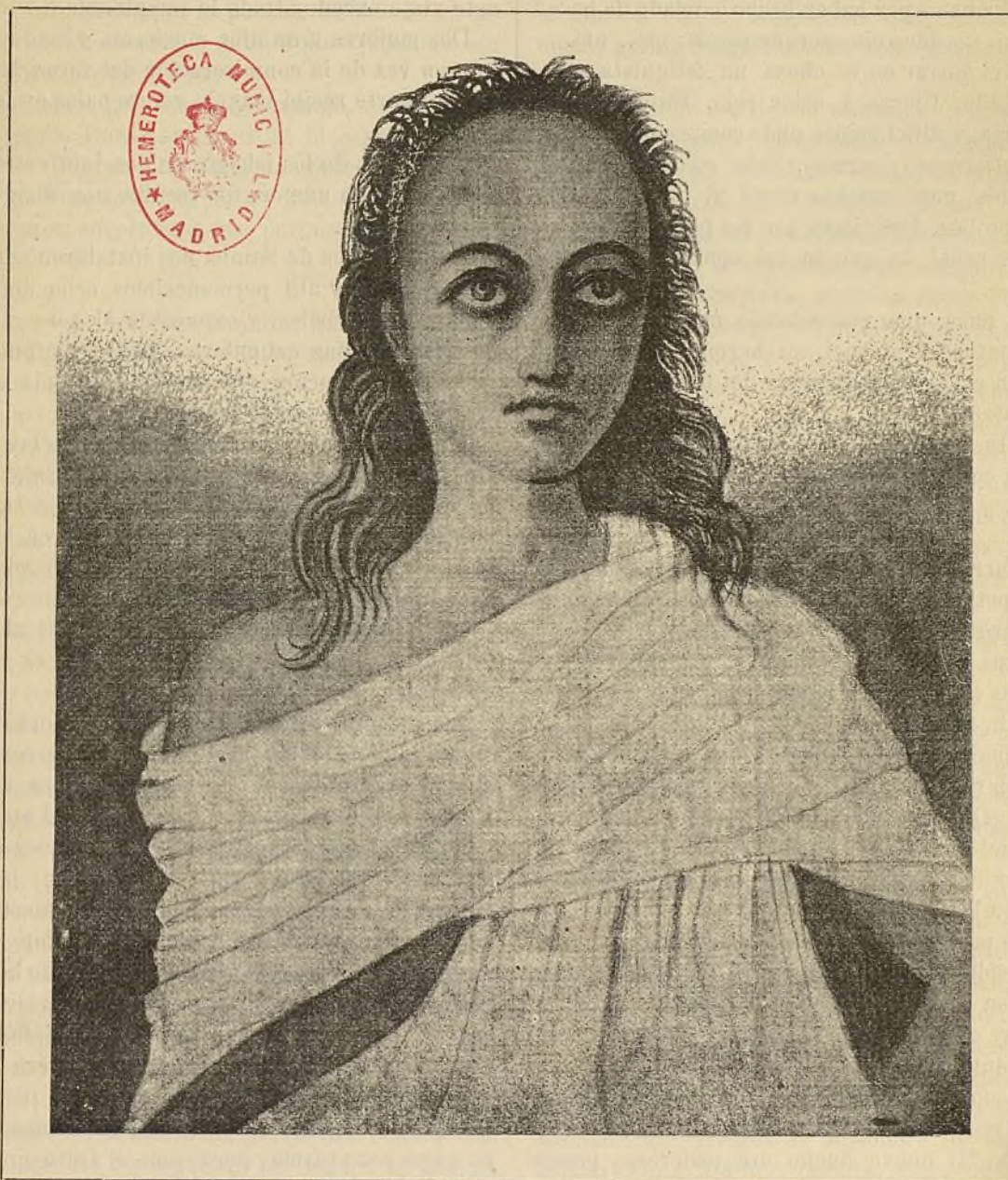
La fiesta del tabaco, llamada así por el mucho zumo de tabaco que se bebe, tiene por objeto la fertilidad de las sementeras, el aumento de los cerdos y demás animales. Es más solemne que la anterior, porque á ella afluyen más concurrentes, se come, bebe, baila y juega más que en estotra.

Pero la fiesta de las fiestas para los jívaros es la de las *zhanzhas*. Parece que éstas son sus deidades ó al menos única representación de ellas; dichoso se considerará el jívaro que ha hecho una de estas fiestas, y ésta es

la mayor aspiración de los que no la han celebrado. Por las *zhanzhas* esperan la inmortalidad, la abundancia de bienes, la victoria contra los enemigos, la prosperidad de la raza y una gloria imperecedera. Mucho tiempo emplean en los preparativos; Charupe, por ejemplo, gastó siete años, y Nankijukima diez en la más solemne que hizo en su vida.

Mas todo esto es tan vago é indeciso, está tan lejos

mismo que en ciertas ceremonias y en los ayunos: la idea vaga de la existencia de una fuerza superior que preside los destinos de la humanidad y la economía de las leyes de la naturaleza; pero está tan lejos de formar ceremonial y prácticas de culto religioso y sistema propiamente teológico, que podemos decir con toda verdad, que los jívaros son raza sin Dios, sin religión, sin sacrificios...



TRICHINÓPOLY.—Brahma alumno del colegio de Padres Jesuitas. (Pág. 170)

de formar un culto externo, siquiera sea supersticioso, pero verdadero y positivo que más bien se pudiera considerar solamente como reuniones y manifestaciones sociales y festivas que no religiosas. En efecto, todo se reduce á comilonas y borracheras que causan espanto; á cantos, bailes, juegos, brincos y algazara que rayan en locura; á embriagueces que, desencadenando instintos brutales, terminan frecuentemente en riñas y asesinatos.

No hay duda que en el objeto mental que se proponen en las fiestas, hay un fondo de ideas religiosas, lo

EN EL BOSQUE

POR EL R. P. LEJEUNE

DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, MISIONERO EN GABÓN

III.—Las aventuras de un esclavo (continuación)

AL cabo de tres días llegué á una aldea y me apresuré á elegir nuevo amo.

Mi antiguo dueño vino cierto día á buscarme, pero como yo me había entregado al otro, no pudo lle-

várseme, á menos de pagar cierta cantidad en mercancías.

Por mi desdicha ó por mi suerte falleció á poco el último dueño, y pasé en herencia á su hermana, vieja hechicera, furibunda fetiquista y de genio inaguantable. Disputaba de continuo con su marido, con las otras mujeres y con todo el mundo: á cada momento gritaba contra mí, y me golpeaba con más frecuencia de lo que yo merecía. Me imputaba todas las desdichas que le sucedían: culpábame por haber hecho ó dejado de hacer esto ó aquello, porque reía, porque comía, etc., etc.

Cierto día vi entrar en la choza un fetiquista provisto de cuchillo, tijeras y color rojo. Hablaron con mucho misterio, y difícilmente pude comprender que se trataba de *tatuarme* (picarme). Esta operación no me era desconocida, pues muchas veces vi hacerla en la tribu de los probés. Por cierto que los pacientes siempre lloraban, señal de que la tal operación era dolorosa.

Habiendo, pues, una vez salvado mis dientes, resolví salvar entonces mi piel, mi hermosa piel negra, clara como un espejo cuando salgo del baño, y que tengo todavía intacta.

Al poco rato me acosté, fingiéndome enfermo y rehusando toda comida, á excepción del zumo de la caña de azúcar y del vino de palma, que me gustaban mucho.

Así transcurrieron tres días y tres noches, sin mejorar y sin apetito, excepto por la noche, en que daba un buen repaso á la despensa de la vieja.

Juzgaron mi situación desesperada, y oí sollozos y vi correr muchas lágrimas, pero no creáis que fuese por mí, sino por lo que valía.

Difirióse, pues, la ceremonia del picado, y vi con satisfacción alejarse el fetiquista con su cuchillo, tijeras y color rojo. ¿Qué necesidad tengo yo de que me marquen en la piel figuras de serpientes ó picos de ave, herraduras en el vientre, estrellas en el pecho ó líneas como rayos en la espalda?

Al cabo de pocos días entré en convalecencia. Mas como lo que sólo se difiere no queda olvidado, pronto me advirtieron la próxima venida del fetiquista.

—¿Qué hay que hacer para evitar semejante tormento? pregunté al esclavo que me dió la noticia.

—Ve á encontrar á mi antiguo amo, y estarás seguro de no ser sometido á la operación del picado.

Así lo hice. Mi nuevo dueño era poderoso: poseía más de sesenta hombres y unas cuarenta mujeres. Los esclavos solos formábamos una aldea.

Mas ¡cuán bárbaro era aquel monstruo! de vez en cuando ataba una docena de los nuestros con una pesada cadena al cuello y un enorme pedazo de madera en los pies, y á lo mejor desaparecían sin que oyésemos hablar más de ellos. ¿Mataba á esos infelices? ¿los vendía? Nada sabíamos. Hombres, mujeres y niños desaparecían paulatinamente todos los meses.

Una mañana, mientras yo dormía, Iganagenda, tal era su nombre, entró en mi cabaña con su hermano, y me sujetaron manos y pies. ¿Por qué motivo? Tal vez por un crimen imaginario. Mas al cabo de dos días, viéndome atado con otros doce esclavos, comprendí que iba á desaparecer como mis camaradas. ¿Cómo y dón-

de? ¡Misterio! Empero cuando uno es esclavo, esta idea no preocupa mucho, pues no se tiene apego á la vida. Fuerte como soy, paréceme que hubiera podido romper la cadena: no obstante, me dije: Aguardemos los sucesos.

Iganagenda nos condujo á los doce esclavos á través de un desierto y por entre bosques al país de los ishogas, raza muy fetiquista, de dientes limados, y picados de pies á cabeza. Lo que tuvimos que sufrir durante este viaje excede á todo lo imaginable.

Dos mujeres y un niño murieron, y esto excitó la cólera en vez de la conmiseración del feroz Iganagenda. Por mi parte recibí más de veinte palos en las espaldas y la cabeza.

En el país de los ishogos se nos juntó otra banda de infelices, y en número de treinta nos dirigimos hacia el río Ngunyé.

En los saltos de Samba nos instalaron cerca de una casa grande, y allí permanecimos ocho días, atados á dos gruesos árboles, y expuestos al sol y á la lluvia.

A los dos días caí enfermo y estuve á punto de morir. Mi demacración era extrema, y tenía que arrastrarme para mudar de sitio.

Pronto llegaron los mercaderes de esclavos con cuatro piraguas, procedentes del Alto y Bajo Ngunyé, y fui vendido por una pieza de tela, una barra de hierro, un saco de sal, un espejo, un plato, un cuchillo, un cubierto, un collar de perlas, un sombrero rojo, un barril de pólvora, una marmita y una camisa.

Mi amo quería dos piezas de cada artículo; pero estaba yo tan débil, que el comerciante se negó á todo aumento.

La piragua de mi adquirente remontó parte del Ngunyé, para tomar luego un camino terrestre que seguimos durante ocho ó diez días antes de llegar al Rembo. Allí otra piragua nos condujo al mar.

Grande fué mi sorpresa al verlo por vez primera, al contemplar las aguas que van y vienen, las olas que chocan y suben y bajan sin cesar. A cierta distancia de la costa veíase una piragua mercante con velas, mientras otras más pequeñas cargadas de hombres partían del pueblo, abordaban el buque, y volvían con sólo cuatro ó cinco remeros. En la casa del jefe había también un blanco de lengua barba roja: era la primera vez que veía un hombre que no fuese de color, tuve miedo, y me oculté el rostro con las manos. Este blanco quiso comprarme; pero como el trato que había recibido en casa del jefe donde me encerraron no era para mejorar mi salud ni mi aspecto, no convinieron en el precio.

Pedían por mí seis piezas de tela, seis barras de hierro, etc., y el blanco no quería dar más que tres. Uno decía: «Es grande, fuerte, trabajador;» y contestaba el otro: «Es una rosa semiajada; no vale veinte céntimos.»

Quedé, pues, en casa de Oyari, jefe de un pueblo nkomi, que me compró por cuatro toneletes, cuatro barras de hierro, una piel de tigre y dos cabezas de gorila.

El blanco partió con nueve de mis compañeros. Muchas veces le he vuelto á ver, siempre rojo, siempre terrible y comprando esclavos.

Seis meses hacía que me hallaba en casa de Oyari, cuando me ocurrió un lance en que por poco pierdo las orejas.

Los negros están plagados de vicios, y hacen tanto daño como pueden. Por aquel tiempo no pensaba yo en Dios ni le servía: quise cometer un crimen, y lo cometí. Entre los *nkomi* córtanse las orejas á quienquiera lo cometa. Fuí acusado con otro esclavo de alguna edad.

Oyari nos hizo pasar por la prueba del *mbundu*: bebí de un sorbo el veneno, y salté á pies juntillas, sin caer, por sobre la raíz fetique.

El hombre que fué acusado conmigo, quiso saltar también, y cayó. Desde entonces mi inocencia era clara, y me despidieron sin hacerme daño, mientras al verdadero inocente le cortaron las orejas.

¡Los galoas se sorprenden hoy porque no creo en la virtud del *mbundu*!

Oyari, que poseía ya siete mujeres, quiso tener otra, y partió conmigo, sus hijos y cuatro esclavos para visitar á Ishogi, en la aldea de Ngumbi. La primera entrevista de estos jefes fué la cosa más solemne que he visto en mi vida. En un trono de tres pies, embellecido con esculturas representando cigüeñas, monos y un elefante, aparecía sentado el jefe Ishogi, corto de talla, pero de mirada inteligente y terrible. Vestía ancho capote con un galón en las mangas, y cubríale la cabeza un casco de cobre adornado con plumas. Su tonelete estaba bordado de oro: calzaba su pie derecho un zapato, y el otro un calcetín, y tenía en la mano un abanico de piel de buey para ahuyentar moscas y mosquitos. Rodeábanle cinco ó seis ancianos sentados, y ocho ó diez mujeres, inmóviles y en pie, cumplían atentas cualquiera de sus mandatos.

Hizo se sentase en frente de él Oyari, al lado de los cuatro cajones en que trajo fusiles, telas, calderos y pólvora.

—¿Cuál es el objeto de tu visita? preguntó el jefe.

—Vengo, Ishogi, para pedir tu hija en matrimonio.

—Mi hija tiene muchos pretendientes, doce por lo menos. Quien se case con ella gastará toda su fortuna: es inapreciable por su belleza, su habilidad y demás prendas.

—Lo sabía, y por esto emprendí tan largo viaje para pedirte la mano de la más bella joven del mundo. No temas; soy rico. Lo que aquí ves no llega á la décima parte de lo que poseo: soy dueño, sobre todo, de una cosa muy preciosa; ¿quieres verla?

Ishogi respondió con una señal afirmativa, y Oyari sacó de uno de sus cajones, cerrados con llave, un barril lleno de monedas de oro y plata. El brillo de éstas, precio de infelices esclavos como yo, fascinó los ojos del jefe *nkomi*, quien pidió diez monedas de oro (de veinte pesetas) para su hija, y veinticinco dollars de plata (de cinco pesetas) para sí, creyendo que valían más que las monedas de oro, y luego varias otras piezas pequeñas. Quiso además un reloj, el bastón de Oyari y un zapato para el pie que sólo cubría un calcetín. Esto, con algunas telas y fusiles, era el precio de su hija.

—Pero, añadió, un viviente no se paga sino con otro

viviente: quiero también dos esclavos: un hombre y una mujer.

Como si mi destino fuese ser continuamente vendido y revendido, fuí entregado á cambio de aquella que decían era la joven más hermosa del mundo. ¡Grande honor!

Una mañana, cuando menos lo sospechábamos, oyéronse cañonazos cerca de Ngumbi: llovían bombas que estallaban en las calles; las casas se arruinaban, y oíanse gritos desgarradores: todo el mundo se puso en salvo.

Lo sucedido era que el comandante francés del *Basilic* bombardeaba Ishogi para castigarle por los saqueos que había cometido. Pronto no quedó un bambú ni una paja; todo fué reducido á ceniza.

Ishogi estaba inconsolable, y se oían sus gritos desde muy lejos. ¡No le quedaban unas enaguillas, de tantas docenas como poseyera, ni un barril de pólvora! Todo lo consumió el incendio. Por la noche reunió sus esclavos para contarlos, y sólo comparecimos yo y tres ancianos. Parte de las mujeres habían también huido.

Permanecí con él algunos meses. Tratábame bastante bien, y nunca hablaba de cortarme las orejas como había hecho con tantos otros. Pero una noche, después de beber mucho vino de palma, me amenazó, y bastó esto para decidirme á emprender la fuga y á refugiarme entre la raza de los galoas, más humana que los *nkomi*.

Elegí al poderoso Magissin, sucesor de Nkombé, amigo de los blancos.

Pronto conocí á un blanco de lengua barba gris, un inglés, que me exhortó á que le siguiese para aprender á leer libros, en lo que consentí desde luego mediante una retribución de diez francos al mes. Condujéronme á Talagonga, cerca de Ndjolé, y esforcéme cuanto pude por instruirme.

El voto que se exigía á cuantos allí se hallaban, de no beber nunca aguardiente, ni vino, ni otros licores, no me costó mucho, pues aun no había probado aquellas cosas: comprendí, sin embargo, que debían ser muy buenas, tanto por lo menos como el vino de palma.

Un sujeto, por nombre Bayo, estaba especialmente encargado de mi educación, y él era quien me hacía recitar la Biblia. Ahora bien, cierto día que un buque alemán trajo víveres al misionero de barba gris, me confiaron una caja muy pesada, recomendándome mucho cuidado, pues era frágil, muy frágil, como así constaba en letras gordas. Por desdicha, al bajar de la piragua se me fué el pie, di de bruces en el suelo, y rompiéronse con estrépito todas las botellas, perdiéndose el precioso coñac.

—¡No lo toques, no lo toques! gritó el de la barba gris: ¡esto son remedios, y contiene veneno!

Estaba yo no poco confuso; pero más parecía estarlo el viejo que nos hacía formar votos de templanza.

Bayo, hombre recto y justo, pidió en el acto su salario, y se marchó. Yo fuí despedido, pues mi presencia era harto peligrosa.

Entonces entré de cocinero en una factoría inglesa, y después en una casa alemana y en la estación militar, de donde vine á la Misión católica.

¿Te gusta mi historia? Ahora, *minissé*, bautízame en la fiesta más próxima.

Ciertamente no bautizaré á Oguana-devana en la próxima fiesta, pues se requiere una larga prueba para un hombre tan vagabundo.

Tocante á la historia de este esclavo libertado, puede decirse que es la de miles de infelices negros.

VIAJE EN LA SIRIA SEPTENTRIONAL

A LAS RUINAS CRISTIANAS DE LOS SIGLOS IV, V Y VI

POR EL R. P. JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

XXI (CONTINUACIÓN)

De Turmanin á Qalb-Luzeh

Las alturas, generalmente peñascosas, se ostentan cubiertas en muchos puntos con viñas y olivos: en todas direcciones se ven ruínas de pueblos cristianos: Bordjel Darumeh, agrupado en torno de una alta y espaciosa iglesia; Bakerka con sus habitaciones antiguas casi intactas, y otros, cuales nombres constan en el mapa. Pasamos sin detenernos, pues nos importaba llegar antes de anoecer á Bachmichleh, cuyos habitantes gozan fama de feroces contrabandistas de tabaco, y de poco hospitalarios.

A nuestra llegada grande fué el asombro de los vecinos, que llegó al colmo cuando nos vieron plantar nuestra tienda en la plaza del pueblo.

—¿Pero no sabéis, nos dijo con naturalidad un joven, que por poco que nos tiente la codicia podemos despojarnos y aun quitarnos la vida durante la noche?

A la verdad nos costó bastante atraernoslos, utilizando al efecto la medicina.

Bachmichleh no es más que un lugarcillo de una docena de familias, y no parece que haya tenido nunca importancia. No se ve allí más que una capilla regular, donde un sencillo armario con estantes de piedra, abierto de costado en la pared del ábside, hacía las veces de diacónico para la custodia de los ornamentos sagrados.

Las bellas ruínas de Dehhes no están lejos, ocultas en un bosque de olivos. En una puerta lateral de la principal iglesia vemos el festón semicircular que ya notamos en Mehhes. Al lado del precioso tejadillo bizantino que la protege vense esculpidos en el muro, á izquierda un cesto, y á derecha un árbol, símbolo de los frutos del olivo que los agricultores pedían á Dios. Debajo de la puerta y á la derecha se halla una inscripción siríaca, que nos parece reproduce el versículo 7 del salmo cxxxix: *Introibimus in tabernaculum ejus. Adorabimus in loco ubi steterunt pedes ejus.*

Las numerosas prensas para aceite ó vino, trabajadas en las peñas cerca de las poblaciones, tienen la particularidad de que las muelas giratorias, usadas en el grupo del Sur para aplastar las aceitunas, están reemplazadas por gruesos husos de piedra, semejantes á columnas hinchadas por el centro: las hacían rodar á brazo sobre las aceitunas reunidas en el centro de la era,

en una ligera cavidad en forma de cazuela. La manobra debía ser penosa, pues algunos de dichos husos tienen dos metros de largo y cincuenta centímetros de ancho en su parte más abultada.

El líquido, aceite ó vino, por canalitos abiertos en los bordes de la era corría á los receptáculos, donde depositaba sus impurezas. Hay, empero, prensas perfeccionadas en que dichos canalitos contienen pequeñas cavidades, donde el líquido se decantaba naturalmente antes de caer en el receptáculo definitivo. Este aparece comúnmente trabajado en forma de pera ó de botella, cuyo cuello tiene la anchura de un hombre, y la profundidad de unos dos metros.

Pronto se levanta ante nosotros la elevada escarpa de peñas que termina á Levante la meseta superior del Djebel-A'ala; en la cumbre vese la iglesia de Qalb-Luzeh. (*V. el grabado, pág. 176*).

En un contrafuerte hallamos algunas ruínas, llamadas de Banaqfur, con un graciosísimo sepulcro subterráneo de fachada jónica, y al lado otro monumento del mismo género, menos cuidado. Este último estaba aun lleno de las aguas pluviales de invierno, perfectamente clarificadas. El agua del sepulcro fué la mejor de cuantas hallamos en el viaje por las montañas.

LA CARTA DEL PATRIARCA CISMÁTICO DE CONSTANTINOPLA

El cuaderno 1,091 de *La Civiltà* trae sobre esta carta un muy docto y erudito estudio.

Las Encíclicas *Praeclara gratulationis* y *Orientalium dignitas* fueron la voz del Buen Pastor que va en busca de las ovejas perdidas. Los coptos, los sirios, los armenios y los rutenos acogieron sumisos la voz del Pastor. El 12 de Octubre próximo pasado el Patriarca griego de Constantinopla rechaza esta voz en una «Carta Encíclica Patriarcal y Sinodal á los santísimos y carísimos Hermanos en Cristo, Metropolitanos y Obispos, al santo y sagrado clero y á toda la piadosa grey ortodoxa del santísimo Trono de Constantinopla.» Las razones con que el Patriarca se esfuerza por justificar su proceder son los mismos argumentos de Focio: las *innovaciones anti-evangélicas* de los Obispos de Roma. Monseñor Antimo enumera las siguientes: el *Filioque* del Símbolo, la aspersión en vez de la trina inmersión en el bautismo, el uso del pan ázimo, la consagración de la Eucaristía con las palabras de Cristo, la comunión bajo una sola especie para los simples fieles, el dogma del purgatorio, los de la Inmaculada y de la Infalibilidad.

Se propone *La Civiltà Cattolica* escudriñar el valor histórico y teológico de estas *innovaciones*. Antes de entrar en materia, remueve dos obstáculos, es decir, refuta dos errores bastante graves del documento patriarcal.

En primer lugar, el traductor cismático ha falsificado la Encíclica poniendo en vez *consuetudines, sacrorumque rationes* (es decir, ritos) «máximas dogmáticas y canónicas.» De modo que el buen Patriarca se irrita contra León XIII y le acusa de contradicciones,

haciéndole decir: que cada Iglesia, después de su unión, puede mantener *sus máximas dogmáticas y canónicas*, cuando el Papa habló de sus costumbres y de sus ritos litúrgicos. Quizás haya tomado papel en este juego la famosa *fides græca*. León XIII puede repetir lo del Salmista: *Cum loquebar illis impugnabant me gratis*.

El otro error del Patriarca es el expresado en estas palabras: «Las verdades evangélicas y las disposiciones canónicas no consienten ningún progreso.» Los disidentes, observa *La Civiltà*, confunden la *inmovilidad* con la *indefectibilidad*, el *progreso* vital con la *innovación* de principios. A propósito viene Vicente de Lerins: *Dicit aliquis: nullus ne in Ecclesia Christi profectus habebitur? Habeatur plane et maximus. Sed ita ut vere profectus sit, non permutatio. Christi Ecclesia in iis (dogmatibus) nil unquam permutat, minuit, addit... sed omni industria studet ut omnia illa antiquitus informata et inchoata, accuret et*

nuestra dominación, sino en las que pertenecen á otras Potencias ó son independientes, han extendido la fe católica. Han estudiado las lenguas de los indígenas, descrito faunas y floras exóticas y formado cartas geográficas. Algunos, como el antiguo Urdaneta y el moderno Cuarterón, han dirigido naves en medio del Océano de los tifones y arrecifes de coral, y fe y ciencia y civilización han seguido los pasos de tan incansables obreros en nuestra edad como en esa era de los descubrimientos y colonizaciones, que abandonamos á los poetas épicos por juzgarla incomprensible hoy y completamente opuesta á nuestra historia.

Borneo es una de las grandes islas del mar del Sur, que debiera en su mayor parte ser española, como dependencia del Sultán de Joló, que cobra una asignación de nuestros presupuestos de Filipinas. Isla muy grande, muy fértil y productora de diamantes y otras piedras preciosas, ha caído en mucha parte en poder de



SENEGAMBIA —Aldea de Daga Tango. (Ndute). (Pág. 189)

POLITET... CONSOLIDET *et* FIRMET... *ut quod prius* SOLA TRADITIONE *susceperat, hoc posteris etiam per* SCRIPTURE CHIROGRAPHUM *consignaret*. La inmovilidad del principio no excluye la declaración; la explicación, el estudio de los principios, no excluye el progreso de la ciencia y la ulterior determinación de la ley.

Toda cuestión religiosa entre Roma y Bizancio descansa sobre ésta: ¿Ha habido cambio de principios en Roma ó simple progreso del saber y de la moral? Roma niega toda innovación de principio, Bizancio le acusa.

EL R. P. CUARTERON

La Oceanía en sus varias regiones cuenta en nuestro siglo muchos y muy notables operarios evangélicos, entre los cuales descuellan algunos españoles. No solamente en las islas que reconocen

una Compañía inglesa, que á su tiempo la cederá al Estado. Los trabajos evangélicos del P. Carlos Cuarterón se desarrollaron entre aquellos indígenas, y por eso mereció de la Santa Sede el nombramiento de prefecto apostólico de Labuan y de Borneo.

Conocemos á alguno de sus discípulos en la carrera de náutica, profesada por él algunos años. En la vida de mar, aprendió á desafiar los peligros de los elementos para seguir haciéndolo en sus campañas de Misiones. La intrepidez verdaderamente española no se desmintió en medio de sus viajes, ni sobre las olas embravecidas, ni en los más desconocidos territorios de los salvajes. Hallándose en la isla de Hong-Kong, resolvió tomar el hábito de los Trinitarios Descalzos, ganoso de imitar los prodigios de caridad ejecutados en la redención de cautivos por los individuos de esta Familia religiosa. Procurando y consiguiendo rescates, recorrió muchas islas y levantó sus planos. Al mismo

tiempo se dirigía á la Congregación Romana de *Propaganda Fide*, aconsejando que se estableciese una Misión en Labuan y Borneo. Lo que había indicado con la pluma, lo explicó mejor de palabra estando en Roma, donde el mismo Pío IX le confirió el orden del presbiterado, y le encargó de la citada prefectura apostólica en 1854. Pasó dos años después de la Orden de Trinitarios á la de Agustinos, en Manila. En 1857 construyó una iglesia en Labuan, y fundó allí la Misión llamada de Nuestra Señora de Gracia. En Junio construyó otra iglesia, después de comprar el terreno en la parte Noroeste de la isla Borneo. Otra iglesia data de 1858 en Baraubany. Embarcado en el bergantín *Pacifico*, recorrió predicando muchas islas de los archipiélagos circunvecinos. En cierta ocasión, y en el buque *Trinitario*, hizo un viaje á Manila, donde no se esperaba que en tan frágil y pequeña embarcación se aventurase á dilatadas expediciones por aquellos mares. Visitó igualmente el Imperio japonés, y á gran número de familias devolvió sus individuos cautivos, no sin convertir á varios á nuestra fe católica. Narrar los trabajos sufridos en viajes y predicaciones, sería larga tarea, y nada nueva para nuestros lectores, porque todas las vidas de los misioneros se parecen en todo género de penalidades. Contentábase con cualquiera clase de alimentos, y no desdeñaba los más repugnantes. Pero habíase de tal modo acostumbrado á la vida en el extremo Oriente, que casi padecía más, cuando otra cosa no fuese, moralmente, durante su permanencia en Europa.

Ofreciéronsele distinciones, que rehusó siempre, tanto de la Iglesia como del Estado, muy especialmente las segundas, contestando á quien le brindaba con una cruz las siguientes frases: «Jesucristo, mi Maestro, no tuvo más cruz que aquella en que le crucificaron.» Tenía en España muchos y muy buenos amigos, que hubieran, con gusto, empleado su influencia en ganarle prelacias y adelantarle, como suele decirse, en su carrera; más el premio en los cielos era para él más seguro y envidiable.

En 1879 fué recibido en Roma por León XIII, á quien dió cuenta de sus últimas expediciones. Pero ya estaba tan resentida su salud, que muchos pensaban que sería imposible su regreso á España. Volvió, sin embargo, á su querida Andalucía, más para exhalar el último suspiro con la tranquilidad del justo. Mucho sintieron los gaditanos la pérdida del P. Cuarterón, y el Ayuntamiento de la ciudad de Hércules quiso honrar su memoria por medio de un enterramiento perpetuo, donde pudieran recordarse sus largos trabajos y sus recomendables virtudes.—*E. T.*

DE ABISINIA

EL CRISTIANISMO EN ABISINIA

Los abisinios recibieron el Cristianismo en Alejandría, siendo su primer obispo San Frumencio. En el Concilio de Calcedonia fué promulgado el dogma de la unión de las dos naturalezas en la persona de Jesucristo.

El patriarca alejandrino Dióscoro protestó contra lo que él llamaba innovación peligrosa, y la Iglesia de Abisinia le siguió. Todavía hoy profesa la doctrina del Patriarca alejandrino.

En el siglo VII la invasión mahometana causó en Abisinia el más completo olvido y la separación de toda comunión con el Oriente cristiano.

Sin embargo, no por eso dejó de combatir siempre al enemigo de la fe cristiana y jamás abrazó el Islamismo.

En el siglo XIV reanudaron los portugueses las relaciones interrumpidas con la Abisinia y el Occidente. En 1525 ayudaron al emperador David á combatir los Estados mahometanos, y enviaron al soberano de la Etiopia Padres Jesuitas, cuya misión dió por resultado que el emperador Selten-Seghed reconociera la supremacía del Papa.

El jesuita Alfonso Méndez fué nombrado patriarca de Abisinia.

Fomentada la insurrección, el emperador Basilide emprendió en 1632 una campaña contra los portugueses, y expulsó á los latinos de su reino.

La Abisinia volvió á caer en su heterodoxia primitiva, y rompió de nuevo toda relación con el Occidente.

Las tentativas de los ingleses y franceses en los siglos XVIII y XIX fueron infructuosas. La *Propaganda* fundó en Roma una imprenta etíope, pero sin resultado.

Aunque se veían obligados los abisinios á escribir con gran trabajo sus libros santos en pieles de cabra, prohibieron la introducción de libros de Roma, y así siguieron en la heterodoxia.

Los abisinios no reconocen más que los tres primeros Concilios ecuménicos. Profesan el símbolo niceno constantinopolitano. No pueden ser contados en el número de los monofisitas y monotelitas, porque anatematizan también estas herejías condenadas en el cuarto y sexto Concilios ecuménicos.

Los abisinios son profundamente religiosos, y se hallan muy apegados á las prácticas y ceremonias. Ayunan rigurosamente, y se confiesan varias veces al año.

El matrimonio es civil y religioso, y mientras que los desposados no han recibido juntos la comunión, el matrimonio no tiene más que carácter civil.

Desde el punto de vista religioso administrativo, la Abisinia se divide, desde el reinado del Negus Juan, en tres obispados correspondientes á los tres reinos abisinios, el Tigré, el Choa y el Hodgiam. El jefe de la Iglesia abisinia es el patriarca copto de Alejandría.

Sin embargo, no tiene autoridad sobre los Obispos, si no han sido consagrados por él; y en este caso son respetados como el mismo Emperador.

Hay en Abisinia conventos para hombres y mujeres.

La vida monástica es muy austera y recuerda la vida de la antigua Tebaida. Los frailes gozan de particular veneración entre el pueblo.

En Abisinia hay dos categorías de tribunales: civil y eclesiástico.

El *tribunal del Emperador*, especie de tribunal de casación, se compone de doce jueces, siendo el tercero el Emperador en persona.

Se conoce un Código civil y otro canónico, conteniendo éste los cánones del primer Concilio, varias leyes eclesiásticas y las doctrinas de los Santos Padres sobre el principio de la Iglesia. La doctrina de los Padres es todavía la fuente legislativa del Derecho civil.

En las escuelas primarias los niños estudian la lengua de la antigua Etiopía. Hay en el reino varios Seminarios de teología divididos en seis clases, en las cuales se aprende la Sagrada Escritura, según los comentarios de los Santos Padres, y la historia religiosa y política del Imperio.

LA EMPERATRIZ

Taitú, cuyo nombre significa *sol*, no es una advenediza; lleva en las venas sangre real, de la más ilustre, y hermano suyo es Mangascia, rey de Tigré, que hoy ceñiría la corona imperial de Etiopía si no hubiera sido por la usurpación del propio Menelik, á quien ayudaron los italianos. De su ilustración se hacen lenguas los viajeros.

Escribe de su puño y letra toda la correspondencia que sostiene con su familia y con sus amigas, que son numerosísimas. Interviene activamente en los negocios del Estado, y según ha referido el conde Antonelli, con ella tuvo él que entenderse en las negociaciones para la rectificación del tratado de Ucciali, y ella fué quien se opuso en redondo á la fórmula propuesta por Italia.

Asiste á los consejos del *negus*, interviene en el debate siempre que le parece, defiende sus opiniones con mucha energía y mucha fuerza de lógica, y raro es cuando no las hace triunfar. Su influencia es muy grande.

Taitú gasta sello imperial como su marido; pero más pequeño que el de éste y sin el león coronado y el lema: «El león de la tribu de Judá ha vencido.»

LA CORONACIÓN DE LOS EMPERADORES

Son curiosas las ceremonias que se verifican en este solemne acto, con que los emperadores de Etiopía reciben la suprema autoridad sobre su pueblo.

Revestido el príncipe con un traje de púrpura, monta en un brioso corcel, ricamente enjaezado, llevando en la mano una cruz á guisa de cetro. Una magnífica escolta, compuesta de los altos dignatarios y principales vasallos, le sigue á respetuosa distancia. En la puerta del templo espera al elegido un grupo de jóvenes vestidas de blanco, tendiendo un tapete de seda rosa que presentan al nuevo emperador.

Las jóvenes preguntan á coro:

—¿Quién eres tú? ¿Quién eres tú que pretendes entrar en la iglesia de Axum?

—Yo soy vuestro emperador, contesta el príncipe, el *negus neghesti* de Etiopía.

—No: tú no eres nuestro emperador, tú no eres el *negus neghesti* de Etiopía, dicen las jóvenes.

Y por tres veces el tapete de seda se tiende y levanta ante el elegido. A la cuarta vez, el príncipe saca su espada, y rompiendo el tapete, especie de nudo gordiano, exclama:

—Yo soy el rey de Sión.

Inmediatamente penetra en el templo en medio de una salva de ruidosos aplausos.

Conducido hasta el centro de la iglesia, y puesto de pie sobre la gran losa titulada la piedra sagrada, en la que el *negus* solo y por una sola vez posa sus plantas, recibe la sagrada unción y la imperial diadema, amenizándose aquel acto con las danzas más alegres del país, cantos patrióticos y dulcísimos aires nacionales ejecutados por la orquesta.

Durante un momento reina en el templo un silencio solemne. El nuevo emperador va á prestar juramento. Se adelanta hacia el altar, sin salirse de la sagrada piedra y dice:

—Juro solemnemente gobernar la Etiopía y sus habitantes en el santo nombre de Dios.

EL ESCUDO DE ARMAS

El escudo de armas de Abisinia es antiquísimo. Sobre campo de plata se levanta gallardamente un león, que en su garra derecha sostiene un crucifijo de oro con la siguiente inscripción: «Vencí al león de la tribu de Judá.»

El león es simbólico en aquel país. Teodoro se rodeaba de leones en libertad. En medio de este cortejo quiso recibir un día á los embajadores de las potencias amigas.

LAS MONEDAS

Al tomar Menelik el título del rey de Etiopía, mandó acuñar en la casa de la Moneda de París setenta mil piezas con su efigie. En ellas se representa al Negus cubierto con la tiara, emblema de su autoridad suprema.

No deja de resultar hoy curioso el origen de esta tiara, que le fué ofrecida en la época de sus buenas relaciones con los italianos por la ciudad de Milán, como testimonio de sincero afecto y amistosas simpatías hacia su persona.

También el encargo de la acuñación hecho á Francia coincide con la fecha en que sus relaciones con Italia tomaron el camino que hoy todos conocen.

Estas monedas son de plata y de un valor aproximado al de cinco pesetas; pero los abisinios, para los cambios en que es precisa la moneda fraccionaria, la subdividen por un procedimiento de una encantadora sencillez, que consiste en partirla en dos, cuatro ó más pedazos, que circulan sin dificultad juntamente con las piezas enteras que no ha sido preciso reducir á fracciones.

PROCLAMA DE GUERRA

El llamamiento para la guerra contra Italia se lanzó por Menelik el día 20 de Septiembre, en forma poética, que pierde mucho al ser traducido:

«Oid, oid. Quien pierda el oído es enemigo de nuestra fe y de nuestra patria.

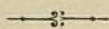
«Oid, oid. Quien pierda el oído es enemigo del emperador y señor Menelik.

«Oid, oid. Quien pierda el oído es enemigo de la Virgen María.»

Desde el campo de batalla, cuando los italianos fueron derrotados en Amba-Alaghi, 15 de Diciembre del año próximo pasado, escribía el *Negus* de Abisinia lo siguiente:

“Yo esperaba evitar la efusión de sangre cristiana. La Italia lo ha querido. Dios nos ha dado la victoria.”

EL IMPERIO CHINO



EL imperio más vasto, escribe Ly-Chas-pee, literato chino, el más rico, el más antiguo de la tierra, ofrece un espectáculo sin igual en su historia.

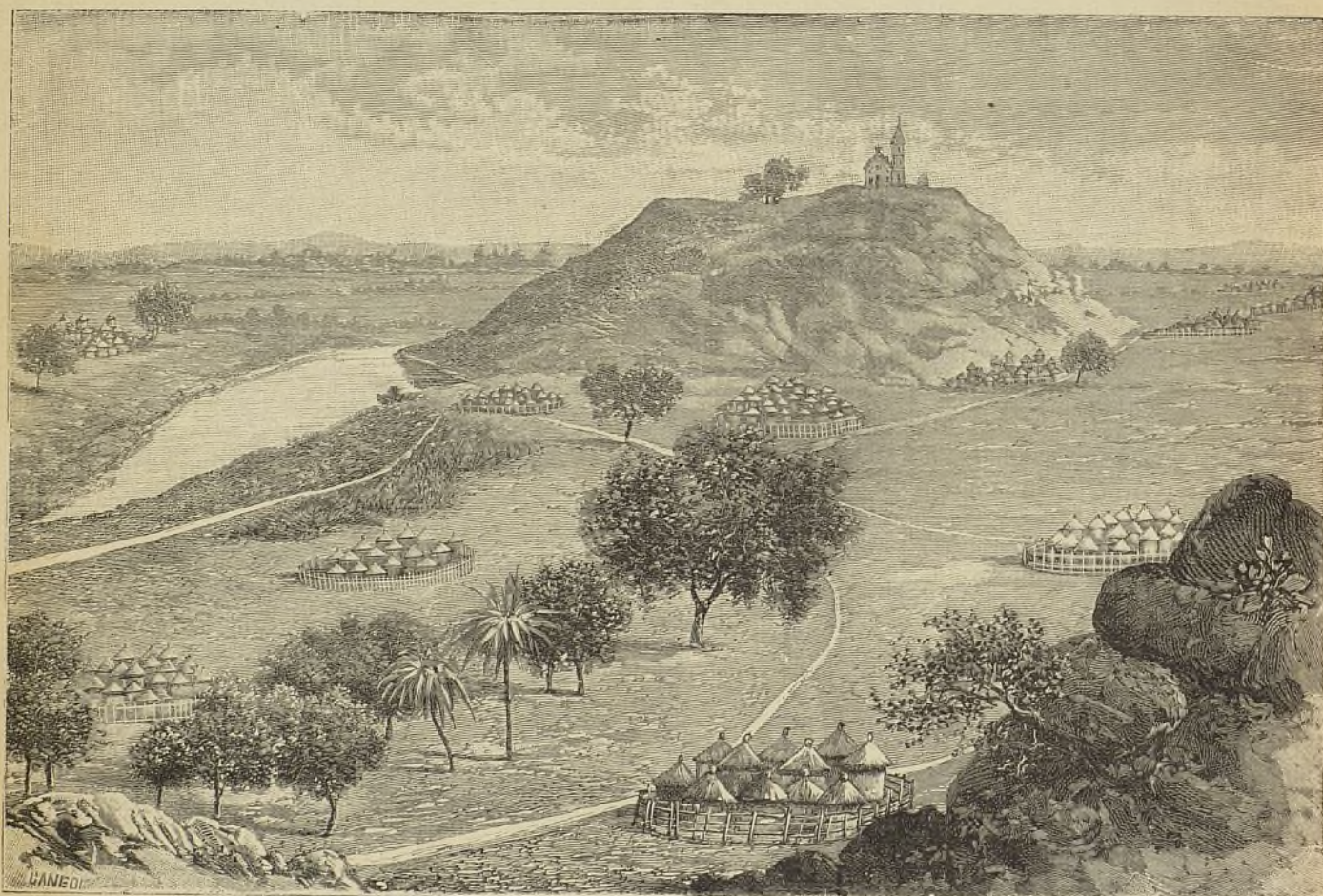
Mientras que todos los imperios de Oriente y de Occidente han desaparecido, la China únicamente ha so-

tsong-tang y Chen-ken-son, el Gobierno se mostró más y más accesible á las ideas de Europa. Estableció escuelas de lenguas extranjeras y de ciencias, donde se enseñaba el arte de la guerra, la marina, la medicina, etc., etc., y comenzó la transformación del ejército y de la industria.

EL GOBIERNO

El principio de la responsabilidad es el carácter saliente del pueblo chino. El padre es responsable de sus hijos, el funcionario de sus subordinados, el gobernador de sus prefectos y el emperador de sus agentes. El absolutismo de todos está limitado por la responsabilidad de cada uno. De aquí resulta un régimen absoluto, pero no despótico.

Desde hace 250 años la dinastía tártara sostiene esas



SENEGAMBIA.—Pueblo y colina de Teviñe. (Pág: 189)

brevivido durante cuatro mil años con sus viejas costumbres y con su inalterable unidad.

SU HISTORIA

Después de haber superado en la antigüedad á todos los pueblos en las ciencias y en las artes, nuestro país había permanecido estacionado en el siglo pasado. Los tratados celebrados con las demás naciones, sobre todo el de 1860, abrieron los puertos de la China á Europa y América. Desde entonces, gracias á la iniciativa de algunos de nuestros hombres de Estado, entre otros del príncipe Kong, y de los virreyes Lihong Tohang, Tso-

tradiciones inmutables. Desgraciadamente ningún funcionario puede ejercer sus funciones en su provincia natal, y el desempeño de su cargo no puede durar más que tres años, de lo que resulta que el funcionario es una especie de viajero indiferente á los intereses públicos, y verdadera plaga de nuestro país.

LAS CLASES SOCIALES

Se cuentan en China siete clases: 1.^a los mandarines; 2.^a los letrados; 3.^a los militares; 4.^a los sacerdotes; 5.^a los obreros; 6.^a los labradores; 7.^a los comerciantes. La clase de letrados, formada de hombres de

todos los rangos de la nación es la que tiene entre sus manos las riendas del Gobierno y de la fuerza pública. Aristocracia oficial por la naturaleza de sus funciones, y pueblo por su origen, la corporación de letrados es un obstáculo para los levantamientos populares y para los abusos del poder. Quince mil empleos y cargos públicos están reservados á esos privilegiados de la inteligencia.

LA MUJER CHINA

La condición de la mujer china, sobre todo entre paganos, es deplorable. Su servidumbre pública, sancionada y consagrada por la opinión, la legislación y las costumbres; es la base misma de la sociedad china.

Una joven casada no es sino una víctima ataviada para el sacrificio; debe, en su nueva familia, obediencia ciega á todo el mundo.

En China la mujer es insignificante, para nada se la tiene en cuenta, y la poligamia permitida entre los chinos viene á hacer más abyecta la condición de las mujeres casadas. Una guerra perpetua reina en cada hogar, y el número de mujeres que se suicidan es considerable.

POR QUÉ LOS CHINOS FUERON VENCIDOS POR LOS JAPONESES

En 1856 nuestro pueblo, el más pacífico de la tierra, estaba todavía armado con flechas, arcos y antiguos arcabuces. Vencidos por la tercera vez en 1860, nos dedicamos por fin á crear un ejército de 120,000 hombres equipados á la europea. Pero no tenemos carácter militar, y hemos perdido todo nuestro ardor guerrero hace ya varios siglos. La vida militar es despreciable entre nosotros, y se mira la guerra como la mayor de todas las calamidades.

Entre nosotros los vencedores jamás tendrán estas. En los actos oficiales los militares, aun los de alta graduación, se colocan siempre detrás de los funcionarios civiles. Uno de nuestros proverbios dice: «El buen hierro no debe gastarse en clavos, así como un hombre honrado no debe hacerse soldado.»

Así es que la China no estaba preparada para la guerra, y nadie hubiera creído que nuestras tropas se hubieran batido seriamente, como lo hicieron, al menos en la embocadura del Ya-lu, en Corea y en Puerto-Arturo.

EL PORVENIR DE LA CHINA

La derrota nos será tal vez más provechosa de lo que nos hubiera sido la victoria. Vencedora la China, se hubiera retraído más cada día, mientras que vencida, en lo sucesivo procurará contraer relaciones con los pueblos cultos del mundo, y seguirá los progresos de la civilización que siempre había despreciado.

El Emperador ha dado ya el ejemplo dedicándose á estudiar el francés y el inglés.

Marchando resueltamente por la vía de las reformas y el progreso, moralizando su administración y desarrollando entre sus hijos el espíritu militar, la China con sus innumerables recursos, su inagotable manantial de hombres (pues somos actualmente 400.000.000), tiene por suyo el porvenir, pues lo que nos ha faltado hasta ahora ha sido un organizador, un Richelieu. Con

una nueva organización el Celeste Imperio será fuerte, y podrá movilizar el mayor ejército que se haya visto jamás, y conquistar así, entre las naciones civilizadas del globo, un lugar digno de su inmenso poder territorial, de sus diecinueve inmensas provincias, cada una de ellas tan extensa y tan poblada como los grandes países en Europa.

La China por cuarta vez acaba de expiar cruelmente el vicio radical de sus instituciones, hechas para la vida solitaria y para la inacción.

CRÓNICA

España.—Muy sensible pérdida acaba de experimentar la Orden de los Agustinos con la muerte inesperada del dignísimo P. Manuel Díez y González, general de la Orden en España y sus colonias.

Era el P. Manuel todavía joven, y estaba adornado de tales prendas personales que se captaba en seguida las simpatías de cuantos le llegaban á tratar.

Nació en la villa de Vivar del Cid (Burgos). En esta capital hizo gran parte de sus estudios filosóficos y teológicos. Cuando la clausura de los Seminarios ingresó el P. Manuel en el Colegio de los Padres Agustinos de Valladolid, saliendo en 1852 para las Misiones de Filipinas, donde administró varios pueblos. Fué más tarde nombrado secretario provincial de la Orden, cargo que desempeñó durante seis años.

Ejerció el cargo de definidor hasta su venida á la Península, para encargarse de la procuraduría provincial de Madrid y Roma, asumiendo á la vez el cargo de comisario de las Misiones.

En 1887 fué nombrado general de los Agustinos de España y sus colonias, hasta que en el año 1895 se celebró en Roma el último Capítulo de la Orden.

En España desempeñó también por espacio de más de catorce años varios importantes cargos, entre ellos el de consejero del Consejo de Filipinas, dando brillantes pruebas de su actividad y celo.

Fué el verdadero creador de la notable revista agustiniana, titulada la *Ciudad de Dios*, que se publica en el Escorial. Dió gran impulso á las Misiones de Filipinas y China, fomentándolas y promoviendo en grande escala cuantas obras eran conducentes al bien de las mismas.

Ha muerto como un verdadero apóstol, rodeado de muchos individuos de su Orden.

Francia.—En la página 169 damos el retrato del R. P. Roblet, de la Compañía de Jesús y misionero en Tananarive, autor de un mapa de Madagascar que mereció ser premiado por la Sociedad de Geografía de París. El P. Roblet, eminente misionero jesuita, es un ejemplo más de que á la vez que trabajan en difundir por todas partes la civilización cristiana, los sacerdotes católicos no dejan de ser, cuando la ocasión se presenta, sabios de primer orden.

Senegambia (Africa Boreal).—Los Padres de la Congregación del Espíritu Santo evangelizan con celo y no poco fruto esta parte del Africa: si bien al principio fueron recibidos con reserva por parte de los indígenas, ahora éstos, movidos por las persuasivas palabras y los ejemplos de los misioneros, los piden con instancia, no pudiéndose satisfacerles en la medida de sus deseos por falta de personal y de recursos suficientes. El R. P. Sebire, de la expresada Congregación, nos remite dos vistas (V. los grabados de las págs. 185 y 188) correspondientes á la región del Ndute. La primera es el pueblo de Daga Tangor, que puede considerarse como la capital del Ndute, divididos en cuatro barrios poco distantes unos de otros, comprendiendo ciento quince chozas en poco más de un kilómetro. La segunda es la populosa villa de Tefiñe, de especial interés por ser el punto más favorable para el establecimiento de una Misión.

China.—El P. Fr. Eugenio Pernáu, misionero dominico, escribe desde Phu-nhai: «Deseaba decir alguna cosa sobre esta célebre Misión para consuelo de los Terciarios dominicos y cofrades del Rosario, mas por ahora me encuentro muy ocupado con esta «lengua» tan extraña para europeos. Sin embargo, voy á apuntar un dato muy precioso. En este solo vicariato, según el censo acabado de hacer, hay 7,000 y pico de Terciarios, y los cofrades, aunque no sabemos el número, se pueden contar por el de cristianos que tienen uso de razón. ¡Ya ve qué hermosura y qué fecunda es la sangre de los mártires! Ocho Padres fuimos destinados al mismo tiempo para las Misiones: los PP. Felipe Zabala y Jenaro Pérez á los igorotes de Luzón; los PP. Raimundo Vives y Juan Colom para China; los PP. José Alvarez y León Gallo á Formosa, y el P. Guillermo García y un servidor para el Tung-King. Al robusto P. Vives apenas hubo llegado á su residencia se lo llevó el Señor, con el mérito de misionero. R. I. P. Otro Padre ha ido ya á ocupar su lugar. Siempre el Señor ha suscitado vocaciones para las Misiones, y en el día suelen ser tantos, de los que pasan á Filipinas, los que se presentan á los superiores solicitando esta gracia, que éstos se ven precisados á no concederla á muchos, so pena de dejar desiertos otros ministerios. A alguno he visto yo escapársele las lágrimas al oír las asignaciones de sus compañeros, por no alcanzar él semejante gracia. A pesar de todo esto, es tan dilatado el campo que se presenta al celo del misionero, y tantos los infieles que quedan por convertir en estas Misiones, y no hay que decir nada en China, que nos vemos precisados á exclamar: la mies es mucha, y pocos los operarios. Rogad al Señor que envíe operarios á su viña.»

—Escribe el abad de la Trapa de Nuestra Señora de la Consolación en Pekín:

«Nuestra fundación en estos países, hecha con la mayor pobreza en 1883, se fortifica lentamente. Ya hay unos cuarenta indígenas que llevan el hábito monástico. Entre ellos veintiséis han hecho los votos religiosos. Muchos otros quisieran seguir sus huellas, pero nuestra Comunidad está desprovista de recursos. Lo poco que podemos vender nos da dos mil francos al año; nuestros honorarios por Misas, otro tanto y nada más... Una gran sala nos sirve de capilla provisional.»

Estados Unidos.—El obispo Horstman, de Cleveland, Ohio, ha dirigido á la Propaganda una relación en la cual dice entre otras cosas: «El Protestantismo en los Estados Unidos es muy débil, porque aquí no tiene posición política como en Inglaterra ó Alemania. Depende enteramente de la solidez de la fe de sus devotos, y ésa muy á menudo es vacilante. El Catolicismo luchando con él tiene muchas garantías de éxito. Ha llegado el momento en que la Iglesia romana puede esperar abundante cosecha en el campo protestante. Una prueba evidente de la influencia progresiva del Catolicismo la dieron el año pasado 35,000 protestantes que asistieron á las conferencias del R. P. Elliot en esta diócesis de Cleveland.»

—En el *Globe Quarterly Review*, de Febrero, se halla un bien escrito artículo sobre las Misiones en general, debido á la pluma de Mr. W. H. Thorne.

En ese artículo se hace ver una vez más lo estéril de las Misiones protestantes, y lo contraproducente que es encargar la evangelización de los infieles á misioneros casados. «Según la naturaleza de las cosas, dice el articulista, tales misioneros deben tener algunas miras egoístas, y á medida que el infiel descubre este hecho, aborrece y desprecia al misionero.» El aserto de Mr. Thorne se funda en la misma experiencia, y en testimonios de viajeros y escritores protestantes.

Para él y para los hombres imparciales, «los misioneros católicos son los únicos en nuestros días que salen á convertir á los infieles con el alma llena de espíritu apostólico, no teniendo mujeres y familias que cuidar, sino llevando en sus manos el Sagrado Corazón de Jesús, y estando dispuestos á sacrificar sus propios corazones en aras de Aquel que es caridad eterna.»

Y concluye diciendo: «Estos misioneros no piden protección á los cañones Krupp ó á las marinas inglesa ó americana, sino que

piden simplemente el privilegio de predicar á Cristo y bautizar á aquellos que creyeran en él.»

Por eso y por ser ellos los enviados del Altísimo, es su palabra tan potente y sus conquistas tan asombrosas.

Filipinas.—Cosa sabida es, y hasta confesada de buenos y malos, que las Ordenes religiosas en Filipinas están haciendo inmensos bienes á la humanidad y coadyuvan eficazmente á la causa de España, combatiendo en la medida de sus fuerzas la traidora trama tejida por los enemigos del Catolicismo y de nuestra amada patria. Su celo predicando el Evangelio y enseñando las divinas verdades á aquellos isleños, y el honor de nuestra querida España, les mueve á publicar obras que, entre otros bienes, producen el de propagar y extender entre los naturales del país la hermosa habla de Cervantes, no siendo los Religiosos franciscanos los que menos han trabajado en este sentido.

En estos últimos años han publicado varias é importantes obras, especialmente en las provincias de Samar y Leite, encargadas al apostólico celo y entusiasta patriotismo de los humildes hijos de San Francisco. Uno de estos celosos misioneros, el muy R. P. Antonio Sanchez de la Rosa, ha escrito y publicado, entre otras, un *Diccionario español-bisaya y bisaya-español*, y una *Gramática hispano-bisaya*. El primero de estos libros es completo en su clase, con la particularidad de contener una exacta relación de los pueblos, ríos y montes más notables de Samar, de los árboles, de los peces y al final varias oraciones en bisaya y castellano; y el segundo sirve para aprender el idioma castellano y también el bisaya.

Noticias varias.—Según cartas de los misioneros de Armenia, las Comunidades de Religiosos latinos sufren verdaderos asedios por parte de los turcos. Los Trapenses y Religiosos de San Vicente de Paúl, llamados por los franceses Padres *lazaristas*, establecidos en Achbes, se han visto en sus conventos y casas verdaderamente sitiados, como en una fortaleza, y expuestos á incalificables atropellos de los musulmanes.

VARIEDADES

EL RENEGADO ARREPENTIDO

ERASE en una costa de Africa.

Debajo de una tienda de oro y púrpura, el rey árabe Alí-Ben-Abdel, oía un armonioso concierto. Exquisitos perfumes ardían en ricos pebeteros, y sus ojos se deleitaban contemplando la alegre danza de sus vasallos.

Alí-Ben-Abdel era uno de los más ricos y poderosos señores del Islamismo; además de tierras y palacios tenía numerosos buques que aumentaban prodigiosamente su riqueza, aunque pagaba un crecido tributo al gran señor ó sultán, á quien amaba y de quien era muy favorecido. Pero el trono en que le admiraban sus esclavos le costaba caro.

Hacía poco tiempo que el acaudalado señor no era más que un modesto comerciante preso por los corsarios. En tanto que sus compañeros sufrían un duro cautiverio y confesaban su fe hasta la muerte, él había renegado, aceptado el turbante y obtenido muchas distinciones de sus secuestradores, cuya religión aceptó.

Los presos que renegaban de su religión obtenían de los árabes magníficas recompensas. Alí-Ben-Abdel se hizo corsario y con grande éxito. Al poco tiempo hizo traición á su dueño como antes la había hecho á Dios; hizo su nombre célebre, porque era valiente hasta la temeridad, y le aclamaron rey.

Multitud de servidores vestidos de seda rodean al

cacique, y sus posesiones le dan á gozar aquellas comodidades que el embaucador Mahoma promete á los suyos. Nada le falta en apariencia; sus súbditos le temen porque es valiente, y le aman por cierta nobleza de corazón que le hace generoso; pero no obstante, cualquiera que se fijase en su rostro descubriría que en la sonrisa de aquel hombre no hay felicidad, sino que llora el corazón cuando ríe la boca. Es que Ali-Ben-Abdel sufre horrorosamente: al contemplar los bailes árabes, recuerda las funciones cristianas que satisfacen el alma: recuerda al aspirar el humo de los pebeteros que quemaban ante él, el humo del incienso de nuestras iglesias; oye cantos y tiembla, porque el canto religioso que había oído en su niñez y en su mocedad, era más grave y más dulce; y entonces, viendo que no podía alejar la tortura de su corazón, se enfurecía contra Cristo y deseaba vengarse: quería desahogar su cólera en alguna víctima.

Los desgraciados que están cerca de él, á pesar de sus lujosos vestidos, no son felices, porque observan la inquietud de su amo y quisieran prevenir sus deseos.

Uno de aquellos seres, mujer de servicio, es la única que se atreve á hablarle en esta forma:

—Señor, ¿qué tiene? ¿Estos cantos y estos bailes no pueden distraerle? ¿qué desea? Pronto Isuf-Abdalá, el corsario, vendrá con los barcos cargados de rico botín y numerosos prisioneros.

—Quizá esta vez no haya sido tan afortunado como las anteriores; esos perros cristianos le habrán armado algún lazo que no habrá sabido preveer, y ¿quién sabe si á estas horas él es el prisionero?

—Pero, señor, no sé de dónde le vienen estos pensamientos; la fortuna siempre le ha sido propicia: si le cansan estas fiestas, y quiere divertirse cazando el tigre ó el león, sabe que los esclavos esperan sus órdenes para ir donde se les mande.

—Prefiero descansar.

Y Ali-Ben-Abdel se tendió muellemente en un sofá de plumas; criados con abanicos le ahuyentaban las moscas y le refrescaban el aire caldeado por el rigor del sol. Durmió muy poco tiempo y se despertó agitado.

—¿Dónde está?

—¿Quién? preguntaron los esclavos.

—¡Ah! ¡cuánto habrás sufrido tú que me educaste con tanto esmero!

—¿A quién busca V.? continuaban los esclavos.

—Yo la he visto, estaba aquí.

—¿Cómo se llamaba?

—Mi madre.

—Señor, el sueño le habrá traído á la memoria algunas personas que en realidad están muy distantes de aquí y que no ha visto V. desde hace mucho tiempo.

—Sí, escuchad. Cuando salí de Europa en dirección á estas costas, en donde he llegado á lo más codiciado de la fortuna, la dejé pobre y viuda.

—Usted no será pobre, madre mía, la dije; yo viajaré y traeré á V. muchas riquezas.

—Ve, hijo mío, vuelve rico, pero sobre todo bueno.

—Y rico y poderoso es V.

—Pero ¿á qué precio? triste de mí...

—No piense V. en la cruz; seguramente es lo que le da la pena.

—¿Qué dices? La aborrezco y la he profanado cien

veces en mis orgías; quisiera vasos sagrados para romperlos; quisiera... pero me parece que Cristo ha guardado mi madre.

—Pues ¿por qué, gran señor, no la envía á buscar? Ella estaría con su hijo, y nosotros nos complaceríamos en servirla.

—Hace tres años que lo hice; envié un esclavo con dinero y muchas promesas.

—¿Qué respondió?

—Lloró y me maldijo.

—Bueno, si ella llora tiene V. una multitud de esclavos que rien, y hasta la amistad del sultán. Alégrese V. y no piense más en los perros de la otra parte del mar, á quien tantas veces persigue.

—Tienes razón, eres el esclavo más bueno. Trae vinos generosos y preparemos un festín.

—¡Alá! ¡Alá! gritaba un esclavo al rayar el alba del día siguiente, los barcos están de vuelta.

En efecto, un viento favorable henchía las velas de las embarcaciones mandadas por Isuf-Abdalá, y las empujaba rápidamente á la costa.

—Por las barbas del profeta. Alá no me abandone, y yo me vengaré del Dios de los cristianos de lo que me hizo sufrir ayer.

—Señor, mire V. cuantos fardos y cuantos cristianos llegan á bordo.

—Escuchad, hijos del profeta, hoy he jurado sobre el Corán cortar yo mismo la cabeza del primer cristiano que ose mirarme hito á hito. Quiero que todos tiemblen delante de mí.

—¡Ojalá suceda esto pronto, pues ya quisiera ver el color de la sangre cristiana!

Mientras tanto las embarcaciones habían anclado, é Isuf-Abdalá se inclinó ante Ali-Ben-Abdel diciendo:

—Mi señor, acabo de seguir varias costas de países cristianos, he saqueado muchas iglesias, y en todas partes he recogido cosas de valor; aquí están.

—Trabajas bien y quiero recompensarte; vamos ahora á examinar el botín y á cumplir una promesa.

—¿Cuál?

—¿Cuál? repitió el cacique con una voz que hizo temblar á los desventurados cautivos; he jurado por el profeta quitar la vida al primer cristiano joven ó viejo que se atreva á alzar los ojos ante mí.

La larga hilera de esclavos, que allí había, oyó esta amenaza, y la admiración y el terror se apoderó de ellos, de manera que ni siquiera se creían seguros mirando al suelo.

Avanza con majestad un joven adolescente que lleva una magnífica cruz sobre el pecho, y como otro David se dirige al Goliath musulmán.

—Sultán, yo te miro; cumple en mí tu promesa y no toques á los otros.

—¡Insolente! tus pocos años te dan audacia.

—Mi muerte salvará á mis compañeros.

—¿Por qué así te lanzas á la muerte?

—Debo morir para expiar un crimen.

—¿Un crimen? ¡Por Mahoma! ¿Tan joven eres criminal?

—No lo cometi yo, pero es como si lo hubiese cometido.

—¿Quién es capaz de entenderte?

—Lo cometió mi hermano.

—¿Qué hizo, pues, tu hermano?

—Renegó de la Religión de Cristo.

—¿Cómo te llamas?

—Jaime.

—¿Cómo se llamaba tu hermano?

—No quiero nombrarlo, cumple en mí tu prometido, y déjame en paz.

—¡Jaime! Dime el nombre de tu madre.

—Ya no existe.

—¿Quién la ha muerto?

—El dolor la mató hace ya un año.

—Si ella viviese no quisiera que te entregases tan impremeditadamente á la muerte.

—No lo creas; antes de morir ella me dijo: «Hijo mío, dame el último consuelo que puedes ofrecermé; si alguna vez caes en manos de los turcos, da la vida para salvar el alma de tu hermano. Ya lo ves, las penas han minado mi existencia, pero ofrezco al Señor todos los dolores que he sufrido para que se compadezca de aquel insensato; ¿harás lo que yo te pido?—Sí, madre mía, lo juro, respondí, y entonces ella añadió:—Yo te bendigo y que él sea perdonado en recompensa de tu generosidad.»

—No, no morirás; tu madre se llamaba María.

—¿Conociste á mi madre?

—¡Calla! Cuéntame tu historia y cómo has sido hecho prisionero.

—Muerta mi madre, iba todos los días á la playa para ver si descubría algún buque pirata de los moros que me condujese á donde pensaba recibir el martirio; un día descubrí éstos, y no hui, sino que dejé que me hiciesen prisionero, y aquí me tienes esperando el resultado de tu promesa.

La soltura y fervor con que el joven pronunció aquellas palabras hicieron profunda impresión en el ánimo del renegado, quien inclinándose dijo á Jaime:

—Tu hermano no se condenará: vuelve á España y arrodíllate en el sepulcro de tu madre y dile: Madre mía, ya viene mi hermano,

Cuantos conocían á Alí-Ben-Abdel no atinaban como su amo, de carácter severo, conversase tan largamente con el joven intrépido que le acababa de desafiar, y aun más, se pasmaron al ver que no le condenaba á muerte, sino que enviaba á todos los prisioneros, sin castigar á ninguno, á un pueblo inmediato.

—Isuf-Abdalá, te he dicho que quería recompensarte, dijo el renegado, pues bien; te doy cuanto traes, excepto los prisioneros.

El carácter de aquel señor alegre, que buscaba diversión en todas partes, se volvió sombrío; á nadie quería ver, y despedía á los esclavos.

Un día por la mañana viendo los criados que su amo no se levantaba, llamaron suavemente á la puerta de la sala en que aquél dormía, y nadie contestó; llamaron por segunda vez, y tampoco; entraron, y vieron abandonado el lecho y los muebles en desorden: el señor había desaparecido.

Si hubiesen mirado al mar, hubiera visto una vela

latina que se alejaba; era la falúa que trasladaba al renegado á su patria, para llorar arrepentido el crimen por cuyo perdón habían rogado otros.

¡Cuántas veces las obras de los buenos con la fuerza de la oración y el buen ejemplo convierten á los malos!

COSAS DE LA MEDIA LUNA

Hemos leído la relación de un viajero que visitó las regiones del Eufrates inferior, y especialmente el famoso santuario de los schiitas, Kerbelá. Sabido es el cisma de los musulmanes, que se verificó bajo el gobierno de Alí, cuarto califa y sucesor de Mahoma, apenas veinticuatro años después de la muerte de éste. *Schiitas* llámanse los discípulos de Alí. Ellos interpretan á su modo el Corán y rehúsan la tradición (1). *Sunitas* es el nombre de la otra secta que venera la tradición de los predecesores de Alí. *Suna* es la tradición. Los sunitas son mucho más numerosos. Sunitas son los turcos y los árabes. Los schiitas no llegan á treinta millones. Entre sí se detestan y odian profundamente.

Los schiitas veneran con increíble fanatismo á los dos nietos de Mahoma: Hassán y Husséin. Según la leyenda son mártires. En Kerbelá se conservan las reliquias de Husséin, según creencias de la secta; lo cual queda muy dudoso, sobre todo después de la revolución de los wehabitas, que destruyeron la mezquita y se llevaron todas las reliquias. Cada año celébranse grandes fiestas en Kerbelá. La principal es la peregrinación del mundo schiita al sepulcro de Husséin, al principiar el año. La obligación más santa del schiita es visitar siquiera una vez en su vida los huesos del nieto de Mahoma. Hay años que el número de peregrinos sube á trescientos mil. Y no sólo es una romería de vivos; los muertos también han de tomar parte en ella. La tradición schiita exhorta á que los creyentes se entierren en lugar sagrado. En la romería anual se aprovecha la ocasión, y en tiempos pasados los peregrinos cargaban cosa de quince mil cadáveres. En vista de los peligros de peste y cólera, han conseguido los Gobiernos de Europa que S. M. Abdul-Hamid limite estas fúnebres manifestaciones. Suprimidas del todo no lo están aún.

Lo que caracteriza en algo la economía política del Oriente son las contribuciones de los peregrinos. El romero de Kerbelá debe pagar como el valor de dos á tres pesos de nuestra moneda; la mujer paga menos.

Y el fisco musulmán no perdona á los muertos. Por lo contrario, tienen que contribuir con cosa de cuatro pesos nuestros á la Hacienda pública. Con este transporte de cadáveres se cometen muchos fraudes. Hay un gremio de *caballeros* que se encargan de llevar los muertos al santuario de Kerbelá. Cuando se hallan á respetable distancia, echan los restos en algún rincón. En Kerbelá pagan una propina á los concienzudos empleados del fisco, y reciben un *certificado* de que los restos de fulano han llegado perfectamente. Y los *caballeros* se han hecho acreedores á la eterna gratitud de la familia de fulano y á una pingüe remuneración. Se ve que entre los schiitas hay también *judíos*.

(1) Alí es el Lutero musulmán, los schiitas son los partidarios de la Reforma.